

Seix Barral Biblioteca Breve



**Raúl González Tuñón**  
La Calle del Agujero  
en la Media  
Todos bailan

González Tuñón, Raúl  
La Calle del Agujero en la Media. Todos bailan.- 1ª ed.-  
Buenos Aires : Seix Barral, 2005.  
160 p. ; 23x14 cm.

ISBN 950-731-466-0

1. Poesía Argentina I. Título  
CDD A861

Diseño de colección:  
Josep Bagà Associats

Diseño de cubierta:  
Mario Blanco

*La Calle del Agujero en la Media*: Primera edición: 1930  
*Todos bailan*: Primera edición: 1935

© 1993, 2005, Herederos de Raúl González Tuñón

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo:

© 2005, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Seix Barral  
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

1ª edición: junio de 2005

ISBN 950-731-466-0

Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,  
Rucci 408, Valentín Alsina,  
en el mes de mayo de 2005.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido  
el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna  
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,  
mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,  
sin permiso previo del editor.

## LA CALLE DEL AGUJERO EN LA MEDIA

(El séptimo cielo)

---

*A Edmundo Guibourg*

*A Daniel Schweitzer*

*A la mesa cordial del restaurant de León  
y Baptiste, en la rue des Martyres.*

París - 1930.

3 opciones  
enroscado

#### El ramal derecho

enroscado  
Jodo

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento, y tomó el camino de la derecha.

#### El ramal izquierdo

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento y tomó el camino de la izquierda.

#### El ramal mayor

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento y sentóse a descansar.

O. HENRY  
*Las sendas del destino*

LA CERVEZA DEL PESCADOR  
SCHILTIGHEIM

- 1 litro
- paralelismo
- Unión de opuestos.
- cataloga visismo (realidad)

paralelismo y  
anáfora

Para que bebamos la rubia cerveza del pescador Schiltigheim.  
Para que amemos Carcassonne y Chartres, Chicago y Quebec, torres y puertos.

Los blancos molinos harineros y la luz de las altas ventanas de la noche encendidas para los hombres de frac y para los ladrones.

Y las islas en donde los Kanakas comen plátanos fritos y bajo el sol

y bajo las palmeras, entre ágiles mulatas suenan los ukeleles.

Islas, dije, las islas, soles rojos, platillos para Darius Milhaud.

¡Tener un corazón ligero! Vale decir, amar a todas las mujeres bellas.

Y una moral ligera, vale decir, andar con gitanos alegres

y dormir en un puerto un ocaso cualquiera y en otro puerto y otro

y andar con suavidad y con desenvoltura de fumador de opio.

Para que a cada paso un paisaje o una emoción o una contrariedad

nos reconcilien con la vida pequeña y su muerte pequeña.

Para que un día nos queden unos cuantos recuerdos: decir, estuve.

vale decir  
↓  
marca de calidad

tono pesimista

todos  
↓  
una lo  
ALTO y  
lo bajo  
[palabras]

temática:

estuve en tal pasión, en tal recodo. Estuve, por  
ejemplo,  
en la feria de Aubervilliers, una mañana, con un trozo  
de asado,  
una amistad tranquila, la mesa clara, el perro, el buen  
hablar  
y afuera, las verduleras de París chapoteando con los  
zuecos en la nieve.

Para que bebamos la rubia cerveza del pescador  
Schiltigheim  
es necesario no asustarse de partir y volver, camaradas.

Estamos  
en una encrucijada de caminos que parten y caminos  
que vuelven.

Epigramas  
vuelve al principio  
palabra  
(cierre) del poema  
masacada  
palati-  
carnal.

## LAS VIEJAS CATEDRALES

Amo las viejas catedrales.  
En las cuchilladas de sus troneras  
adivino a la Edad Media fusilando al mundo.  
Amo la música helada de sus vitraux  
y el olor a sagradas vestiduras bajo las arcadas que en  
la noche  
son curiosa asamblea de ángeles y murciélagos.  
Los recintos azules poblados por el aliento de una  
época  
cuando los hombres aún no habían conquistado a  
Dios.  
Y el corazón de cera de sus vírgenes y las mutiladas  
imágenes  
y el olor húmedo de las santerías,  
encrucijada de sombras que antes fueron realidad en  
la tierra  
y anunciaron la peste, la muerte, el hambre y la  
guerra.  
Amo las viejas catedrales inmóviles, definitivas,  
sonoras,  
clavadas en el verde corazón de la Europa.  
Esos trasatlánticos de Dios, tan viajeros,  
que son amados de los pájaros y contra cuyos muros  
discurren al sol los mendigos y los ciegos.  
A Nôtre Dame de París venían las palomas y los  
juglares  
y una ciudad nació bajo su sombra fresca.

La Sainte Chapelle presencié duelos de ángeles;  
 he ahí los cristales que nos hablan del color de su  
 sangre.  
 Más allá, en un país de bebedores de sidra  
 hace tiempo que la bella durmiente —del cielo—  
 aguarda  
 a que un nuevo fervor la despierte: he dicho Chartres.  
 Amo las viejas catedrales.  
 Son del tiempo de los enanitos, de los trasgos y de los  
 gnomos  
 y de los alquimistas de pesados grimorios.  
 Y del Papa de los Locos.  
 Fueron la otra taberna en la vida de Utrillo.  
 Las inscripciones de sus tumbas hicieron la poesía.  
 Los colores de sus vitraux hicieron la música.  
 Las historias de sus santos prepararon las revoluciones  
 y sus intrigas  
 fueron largo tiempo adorno del mundo.  
 Hoy, yo adoro el olor de sus túneles,  
 los secretos de sus tabernáculos,  
 las figuras de sus hornacinas,  
 sus vidrios de losanges  
 y la atrevida imaginería de sus pórticos y sus sagrarios  
 Oh, viejas catedrales, inmóviles, definitivas, sonoras,  
 clavadas en el verde corazón de la Europa.  
 ¡Oh, Trasatlánticos!

LA CALLE DEL PASO DE LA MULA

- más narrativo

*Inter al  
beton* *tb. d' h' está en esa  
situación*

[La mosca cautiva bajo la campana de vidrio] *detalle*  
 y el niño que juega porque el sol es bondadoso.  
 Fijate cómo, igual que hoy, igual que ayer, igual que  
 mañana, *rutina de  
la vida  
moderna*  
 nuestro vecino pasa, recoge su botella de leche,  
 arroja al suelo el boleto de subterráneo *detalle*  
 y sacando el reloj penetra a la casa, a su vida de todos  
 los días,  
 igual que ayer, igual que mañana, igual que siempre.  
 Sólo los puentes, esas piedras cargadas de secretos,  
 seguirán por los siglos sobre el río pensativo del  
 tiempo.

*Muerte  
en vida  
nosotros  
imper...*

Nosotros nos quejamos de morirnos tan pronto.  
 Vivimos ya una muerte piadosa, tanto  
 que hasta esperamos morirnos una tarde.  
 La esquina adonde van a acostarse los ómnibus.  
 Un hombre que pregunta una dirección vaga. *Publico  
y  
Privado*  
 Un muchacho que entra silbando al mingitorio.  
 El afiche del jabón Cadum, ¿sabes? *vaya*  
 —el niño que posó tiene ahora cincuenta y dos años  
 y Toribio, Toribio Sánchez que nos hizo reír allá  
 abajo, *contra el  
oficio melón  
edra*  
 se emborracha con él todas las noches.  
 Nuestro vecino se levantará con el alba  
 y nosotros, nosotros estaremos aún desvelados  
 leyendo cuatro cosas, hablando cuatro cosas,  
 solos, solos, en la íntima isla de los abrazos.

*moderno,  
consumo  
[coloquial]*

Somos jóvenes y viviremos en otra calle, en otra ciudad.

Fíjate, todos los paisajes nos hacen pequeños.

Estarán allí siempre. La esquina adonde van a acostarse los ómnibus.

Los puentes. El afiche del jabón Cadum.

La mosca cautiva bajo la campana de vidrio y el niño que juega porque el sol es bondadoso.

Vinos y licores. Comisarías. Ostras Claires y Portuguesas.

El colchonero.

sitios  
inverso

fronteras  
son unidos de la  
causado ①

## LAVADERO ①

Pintaría los muros leprosos de las ciudades viejas.  
Muros de convento —el olor de los siglos sonando  
como un órgano—

muros de cárcel, de hospital,  
de caserón ruinoso, de colegio, tan parecidos.

Esas paredes  
con las que sueñan los forzados, los buscadores de  
oro,

los exiliados, los marineros y los niños perdidos.

Esas paredes que en la infancia fueron  
calcomanía de todas las travesuras,

pizarra de todas las rebeldías,

frontera de todas las aventuras.

Tristeza de ladrillos pulidos por el tiempo.

Muros que tienen alma, voces, tesoros, dentro.

Ah, cómo ellos vieron pasar la vida,

cómo se sintieron desplazados por otros muros  
altos, flamantes, blancos.

Pero algunos, sin embargo,

sienten el caliente embarazo del musgo.

Ah, cómo tienen corazón fresco de arroyo

y el viento que los conmueve algo lejano de isla les  
imprime.

Otros —esos sí han reverdecido de nuevo—

—hablo de los muros humildes, chatos, casi celestes  
de los lavaderos.

Los lavaderos en cuya ancha puerta de corralón



---

se alza una bandera helada del color de la plata,  
una bandera de cinc, inmóvil, pero tierna.  
Una bandera proletaria y sucia a la que es lindo  
contemplar bajo la nieve o bajo la lluvia  
entre las luces que ablandan la calzada, entre el aire  
duro.

Entonces las banderas de los lavaderos alegran las  
paredes

que tienen un fresco corazón de arroyo.

Detrás, con las manos en las bateas, sueñan los chinos.  
Lavaderos de París, de Buenos Aires, de San Francisco.

---

## USINA

Hay gente que desde la acera contempla las siluetas  
negras,

mira

el ruido siempre igual de las poleas veloces y de los  
aceitados émbolos.

Que sabe del tremendo rencor, que sabe de ese pulmón  
fatigado

y de ese largo respirar de humo.

Hay en el mundo banqueros braquicéfalos y jueces  
cornudos.

Hay los que ya no creen en nada y los que esperan todo.

Hay sí, la música sucia y amontonada de las usinas  
levantadas, vibrantes, en el riñón de las enormes  
ciudades.

Unas no conocen domingo ni descansan jamás  
y a veces, como las madres, dan sus hijos para la guerra.

Otras, como los hombres, devienen inservibles y  
miserables

montón de tapias y de hierros inútiles  
en el riñón de las enormes ciudades.

Otras descansan por la noche con el sueño pesado de  
los pobres,

bajo las agrías lunas, entre el áspero viento,  
con algo de cárcel y de cementerio;

y oyen con sus oídos llenos de polvo el ladrar de los  
perros.

Es por los que viven en esas usinas que yo siento pena.

---

Es para esas usinas sordas, de oxidados soles,  
de gruesas lluvias  
—que me ahoga este poema.

---

## RIACHUELO DE LA VILLETE

Cualquier tarde.  
Yo anduve por sus muelles  
sombrios, largos, de fluviales nombres  
—Marne, Loire, Oise, Seine.—

Las aguas sucias de petróleo y aceite.

Hablo del riachuelo proletario, abandonado,  
a los pies de París,  
arrastrándose  
igual que esos pontones de maderas cansadas  
que cargan vino, cemento y cereales  
y por la noche cuidan los perros guardianes.

Esos perros lanudos, atorrantes, tan humanos,  
de sordos ladridos y turbias miradas  
que a veces cuelgan en los viejos puentes  
una tristeza dolorosa y extraña.

Boliches para obreros y ladrones  
que al mediodía comen carne de buey y hablan  
de cosas importantes.

Mostradores maduros de puñetazos y de canciones  
moscas aplastadas contra los vidrios por los mocosos  
sin calzones.

Riachuelo escurridizo, estrecho, verdoso, gris, nublado  
siempre

su cielo de taller, de aserradero, de molino harinero  
su horizonte de fábricas en donde  
sueñan las chimeneas.

Calles tortuosas y húmedas que mueren en sus bordes,  
calles angostas de sonoros nombres,  
de alzados nombres populares  
queridos al oído de sus habitantes.

Calles que vienen de los mataderos  
y traen todo el rumor y todo el polvo de ese arrabal  
de las insurrecciones, de las resignaciones, de los  
asesinatos

de los entierros pobres,  
de las ferias trashumantes y los circos sin nombre.  
Faroles rezagados y ventanas de visillos ahumados.

Bassin de la Villete tan humilde, tan trágico,  
hermanito menor del Sena, desheredado.  
Una tarde, a la hora en que los niños pobres vuelven  
de las escuelas  
y orinan graciosamente en sus orillas.

## POEMA DEL BOULEVARD SAINT MICHEL

El viejo Bul Mich, la calle del mundo.  
¿Ustedes conocen sus ventanas grises, sus fanfarrias,  
su alegría de colegial en libertad, sus muchachas,  
el Hotel Daciá, donde vive mi amigo Daniel Schweitzer,  
el Luxemburgo y el Cabaret des Noctambules?

El viejo Bul Mich de los antiguos puesteros  
y los boliches de estudiantes y de pintores descamisados.  
Encrucijada de hondas librerías y tugurios exóticos,  
de canallas rincones en donde soñaron y bebieron  
veinte poetas, ya olvidados  
y fanfarrones lansquenettes.

Hoy tras el paredón de Père Lachaise  
descansa aquella gente miserable y sutil,  
traviesa y errante.

Oscar Wilde, con su corona seca de letras doradas que  
dicen:

“A mi inquilino”

se acuerda, se acuerda de cuando atravesaba  
rumbo a la Closerie des Lilas  
el viejo Bul Mich, al que tal vez yo no vuelva jamás.  
Yo, de quien dirán: Otro poeta ya olvidado  
y que en él me interné alucinado  
volviendo de los muelles con cuatro libros raros  
y una espesa borrachera  
conseguida en el turbio rumor de los mercados.  
Recodo de los gitanos.

Puerto embanderado de canciones de todas las lenguas  
y de todas las voces.

Circo del arte, feria de la cultura humana, camino a  
Montparnasse.

Un buen recuerdo, camaradas, lo valé.  
Ese viejo Bul Mich de madrugadas altas,  
de mujeres que nos amaron por amor,  
mujeres sin mañana y sin ayer, usadas por todos  
como los espejos y las palabras.

Ese viejo Bul Mich de quien dirán: Una calle, ya  
olvidada.

Porque las calles, igual que los hombres,  
caminan un trecho por el mundo y pasan.

## MUSIC-HALL

Music-hall que pintó Toulouse-Lautrec.  
El French Can-Can y el Cake-Walck  
encendiendo en las noches sus trompos de colores,  
en los abiertos patios bajo azules parrales.  
Cita de los borrachos románticos y los ladrones  
sentimentales,

y los pintores salidos del Cabaret de los Asesinos  
y los furiosos enamorados  
de la danza y del vino.

Vibrante music-hall multicolor, estallado  
en la medianoche de las ciudades de ante-guerra.  
Domingo de pecado en el Moulin de la Galette  
bailado

con el pañuelo rojo y la boina a un costado  
por las devotas de Santa Catalina.

Domingo con un farolito en la esquina  
como un apache desvelado.

¿Conoció el Cabaret de la Bella Gabriela?  
Artistas y canallas que amaban los burdeles y las  
iglesias.

Entonces Mc. Orlan tocaba el acordeón en El Conejo  
Agil

y el hijo de Fredé se murió en una gresca.  
Alguno está encendido todavía,  
frente a los árboles de la calle ancha  
donde hacia Navidad viene la feria  
y las mujeres y los hombres cantan.

---

Pero yo amo a los otros que atropellan mostradores  
de cinc  
y detrás las muchachas y el ruido.  
Y afuera el viento que rueda, sigiloso  
bajo la luna fiel a la calle  
y en la esquina se adormece, tranquilo,  
como un viejo gendarme.

---

ESCRITO SOBRE UNA MESA  
DE MONTPARNASSE

Una tarde, por el ancho rumor de Montparnasse  
por ese aire de provincia tan confianzudo y claro  
—cada ventana paga su pedazo de sol con una  
canción—,  
anduve bebiendo el buen vino rojo y alegre como una  
canción,

rojo y alegre como una revolución.  
Y entonces pensé: ¿qué haré ahora de mi vida?  
Tengo dos amigos, un saxofonista y un vendedor de  
globos.

Ellos me han dicho: viene el invierno y eso es terrible.  
Los gatos se calientan al sol pero un hombre necesita  
de la buena lumbre, de la buena carne y de la mujer  
siquiera dos veces a la semana.

Algunas me han detenido en Montmartre  
pero me piden cigarrillos y cien francos  
y yo sólo puedo darles ágiles besos casi inéditos  
y hablarles de mi país sin que ellas me comprendan  
y decirles que Blanca Luz está en México  
sin que ellas me pregunten quién es Blanca Luz.

Una noche, bajo la vieja luna de París degollada en  
los techos  
—la luna que alumbraba a los enamorados y a los  
cobardes—

yo vi cómo en un alto balcón  
se amaban un muchacho y una muchacha.

Vengo de Buenos Aires, digo a mis amigos  
desconocidos,  
de Buenos Aires que es tres veces más grande que  
París  
y tres veces más pequeña.  
Y aunque mi sombrero y mi corbata y mi espíritu  
canalla  
sean productos perfectamente europeos  
soy triste y cordial como un legítimo argentino.  
Diría: soy un pobre muchacho abandonado aquí  
como una valija rotulada en todas las aduanas del  
mundo  
y quisiera irme al Turkeistán porque Turkeistán es una  
bonita palabra  
y mi amigo Michel Berboff nació en Turkeistán.  
Pero si yo pudiera llevar a la práctica algo que  
hace días reflexiono:  
¡Ponerme a gritar sobre la Torre Eiffel con afilados  
gritos  
para que venga una mujer y me ame!

¿Conocen ustedes el Neuquén?  
Allí hay cabañas de troncos de árboles  
y pulperías en donde venden cojinillos y libros de  
Maurice Dekobra.  
¿Y Tucumán? En Tucumán sólo puede buscarse la  
noche en los ojos de sus mujeres  
y las guitarras de sonoras y floridas parecen patios.  
¿Y Mendoza? En Mendoza los niños saben cantar  
porque han nacido al borde de las acequias.  
¿Y La Rioja? Yo anduve por ahí adolescente y barbudo  
como un gitano  
y gané una elección con cincuenta pesos y una vaca,  
absorto, como Buster Keaton.

¿Y Santa Fe? En Santa Fe viví treinta días en un  
convento  
con ocho frailes franciscanos que iban doblándose  
hacia el suelo.  
Los duendes venían hasta mi cuarto trayéndome  
briznas de sol  
y por la noche se ocultaban en las hornacinas  
para hacerles señas a los perros sin dueño y a los  
viajeros extraviados.  
Nosotros tenemos además estaciones abandonadas,  
pozos de petróleo  
y escuelas rurales, como en los cuentos de Bret Harte.  
Pero lo que no tenemos es la alegría verdaderamente  
constante,  
la risa verdaderamente pura,  
el corazón verdaderamente libre.

Y no se hable de mi corazón.  
Yo quisiera  
anunciar la función en los circos  
dando puñetazos a las estrellas rojas.  
Yo quisiera escupir los vidrios de un expreso de lujo  
para que rabien los millonarios.  
Yo quisiera interrumpir todas las comunicaciones  
telefónicas  
para ver si encuentro una palabra, una sola palabra  
para mí  
y abrir toda la correspondencia del mundo por ver si  
alguien,  
una sola persona, tiene un recuerdo, un solo recuerdo  
para mí.  
Yo quisiera explotar una bomba, derrocar un gobierno,  
hacer una revolución con mis manos amigas del cristal,  
de la luz, de la caricia  
destruir todas las tiendas de los burgueses

---

y todas las academias del mundo  
y hacerme un cinturón bravío de rutas inverosímiles  
como Alain Gerbault  
para que venga Blanca Luz y me ame.

---

A MI AMIGO, EL ORGANISTA DE LA IGLESIA  
DE SAN SULPICIO

Voz de la soledad, esencia de los vitraux,  
aroma de las imágenes, incienso de la música, segador  
de silencios,  
aventurero, explorador del cielo.  
Sabe el secreto de tantas cosas vagas, inútiles, y por eso  
de tantas cosas que sería necesario saber.  
Alquimista.  
Hace sesenta años Jesucristo lo acompaña en la sombra  
del templo  
derritiendo su corazón de cera sobre mí:  
—Yo, la pequeña Berta Metenier, mujer pública  
que hoy ha recordado sus oraciones.  
O sobre mí: —Yo, el ex penado de la Guayana que  
creo en Dios.  
O sobre mí: —Yo, el propietario de una casa de Saint  
Antoine  
donde se apestan cientos de niños.

Charles Widor conoce a Juan, el Bautista,  
y lo vio alzar el puño cerrado sobre el mundo.  
Conoce el trozo de jugosa carne  
comprado en la feria de Vincennes.  
Y el río, cuando al pasar los puentes bajan sus  
chimeneas  
Los barcos tan graciosos y pequeños que parecen de  
cuerda.  
Conoce los carritos olorosos de aurora y de mercado

---

y la escalera y el farol y el empedrado  
y la vendedora de ostras que da saltos en el frío  
echando humo por la boca, con la roja nariz  
y los robustos senos, mientras espera ansiosa  
que alguien venga a decirle frases de amor, brutales...  
Y atraviesa los puentes encorvado, casi feliz diría,  
acaso, un poco triste de su soledad  
que de dos únicas, grandes cosas se acompaña:  
el órgano y la jarra de vino  
de ilustre y cálido vino de Francia.

---

## LA CALLE DEL AGUJERO EN LA MEDIA

Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad  
y la mujer que amo con una boina azul.  
Yo conozco la música de un barracón de feria  
barquitos en botellas y humo en el horizonte.  
Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad.

Ni la noche tumbada sobre el ruido del bar  
ni los labios sesgados sobre un viejo cantar  
ni el afiche apagado del grotesco armazón  
telaraña del mundo para mi corazón.  
¡Ni las luces que siempre se van con otros hombres  
de rodillas desnudas y de brazos tendidos!  
—Tenía unos pocos sueños, iguales a los sueños  
que acarician de noche a los niños dormidos.  
Tenía el resplandor de una felicidad  
y veía mi rostro fijado en las vidrieras  
y en un lugar del mundo era el hombre feliz.

¿Conoce usted paisajes pintados en los vidrios?  
¿Y muñecos de trapo con alegres bonetes?  
¿Y soldaditos juntos marchando en la mañana  
y carros de verdura con colores alegres?

Yo conozco una calle de una ciudad cualquiera  
y mi alma tan lejana y tan cerca de mí  
y riendo de la muerte y de la suerte y  
feliz como una rama de viento en primavera.



---

El ciego está cantando. Te digo: ¡Amo la guerra!  
Esto es simple querida, como el globo de luz  
del hotel en que vives. Yo subo la escalera  
y la música viene a mi lado, la música.  
Los dos somos gitanos de una troupe vagabunda  
alegres en lo alto de una calle cualquiera.  
Alegres las campanas con una nueva voz.  
Tú crees todavía en la revolución  
y por el agujero que coses en tu media  
sale el sol y se llena todo el cuarto de sol.

Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad,  
una calle que nadie conoce ni transita.  
Sólo yo voy por ella con mi dolor desnudo  
solo con el recuerdo de una mujer querida.  
Está en un puerto. ¿Un puerto? Yo he conocido un  
puerto.  
Decir: Yo he conocido, es decir: Algo ha muerto.

---

## IMÁGENES DE LAS VENTANAS

Las graciosas ventanas que yo amo. Con visillos de colores vivos sujetos a la mitad, esos visillos con cadera como los relojes de arena.

Un niño, lo primero que ve, lo primero que siente y descubre, lo que le trae vibración de sonido y de color, revelación de luz, es una ventana.

Pero yo amo las ventanas de Francia, en barrios iguales ventanas iguales, y tan distintas, como un colegio de huerfanitas uniformadas.

Yo amo las chimeneas y las ventanas. Pero otro día cantaré para aquéllas, uno de esos días en que solemos levantarnos con el corazón alegre y las manos sucias de los des-hollinadores.

Ahora quiero hablar de las ventanas de Francia.

Porque la ventana italiana es grosera y gesticulante, ruidosa y multicolor.

Porque la ventana andaluza es recatada, hipócrita, ale-  
vosa, y enfermiza e inútil sin el rostro de una mujer.

Porque la ventana inglesa es medrosa como una cancel de convento y las novias suelen utilizarla para ir en busca del

---

hombre y del autobús entre la niebla y jamás los mendigos se acercan a ella.

Porque la ventana escandinava tiene dobles cristales perpetuamente húmedos y jamás un niño escribe con el dedo el nombre de su maestra o el de un duende conocido.

Porque la ventana rumana es una ventana de conspiración desde donde unos hombres con bigotes de alambre arrojan papeles inútiles a la calle.

Porque la ventana brasileña es verde, amarilla, chillona, como la jaula de una cotorra.

Porque la ventana rusa es dolorosa, retorcida, penitente, como el alma del pueblo ruso.

Porque la ventana argentina tiene algo de fonógrafo, algo demasiado doméstico y vulgar.

Pero la ventana de Francia es alegre y cordial y en ella quedan bien, ya el rostro de una mujer, ya la naricita de un niño apretada contra el cristal, ya el perfil de un hombre de bien que fuma tranquilamente su pipa después de haber arreglado la cuenta al especiero.

Pero la ventana de Francia, la ventana que yo canto y quiero, es risueña, limpia y graciosa y cualquier trapito, como a la mujer francesa, le queda bien.

Pero la ventana de Francia, la ventana que yo canto y quiero, es algo así como un 14 de julio, a plazos, alegre, amiga, dicharachera. Y cuando se fatiga demasiado se pone a meditar, como un soldadito sobre su tambor.

---

## SOBRE LAS CATEDRALES, SOBRE LA GUERRA

Le digo que los hombres no pueden levantar catedrales tan hermosas como éstas, porque ya Dios es algo conquistado. ¿Quién realizará un hermoso vitraux, parecido siquiera al más simple de la catedral de Chartres, si ya la música se ha encargado de inutilizar la función del vitraux?

Los hombres de ayer, los que decoraron Nôtre Dame de París con la fervorosa estrella de tono azulado, debieron conquistar a Dios para nosotros y se esforzaron en construir catedrales góticas para acercarse a él. De ese esfuerzo nació la expresión más pura de aquel tiempo: la Sainte Chapelle, donde queda bien la sombra del rey San Luis y donde los ángeles que no pudieron llegar al cielo vienen a refugiarse dándole un color especial en el crepúsculo.

Los hombres de Europa hablan todavía de la guerra.

Europa es un soldado dormido sobre su mochila.

Se despertará protestando al encontrar frío y desabrido el puchero y blasfemaré al retirar sus pesadas botas del fango de la trinchera.

Alguien fue a hablar con un ministro ruso, y éste le contestó: Amigo mío, lo único que ahora me interesa es la escenografía.

---

He visto bayonetas asomando de la tierra y he pensado en los esqueletos que las sostienen exactamente como quedaron cuando estallaron los obuses.

Pero en Francia me dijeron:  
He aquí un hermoso monumento.

¿Qué podremos hacer nosotros para reconstruir este antiguo templo?

Un cristo de palo, arrinconado entre un montón de escombros, meditaba, con la sien agujereada por una bala.

¿Qué iremos a conquistar para renacer? ¿Qué nos falta por conquistar?

Y comprendieron que el porvenir se les escapaba de las manos.

Alguien podría decir: yo les invito a conquistar el porvenir, como a un juego de niños, en la escuela, cuando todos los juegos se han agotado, y surge uno, desconocido y simple.

---

## RESTAURANT DE LA SALAMANDRA

*Bailemos y cantemos nosotros  
que nada tenemos que perder*

ALOYSIUS BERTRAND

Santa Teresita del Niño Jesús jugaba con la muñeca de trapo cuando la Virgen apareció ante sus ojos.

Me pondría a cantar y bailar porque Santa Teresita es hermosa y yo un pobre muchacho inútil, hasta para ganarme la vida con los titiriteros.

Estoy en Lisieux, con un camarada y algunos francos. ¿Conoce usted Lisieux, en la Normandía, hacia el noroeste de Francia?

¡Ah, de la buena sidra normanda! Ahora, en el antiguo Restaurant de la Salamandra, yo aguardo también una visión.

¿Conoce usted la rue de la Paix, una mañana de sol, mientras Santa Teresita duerme en su lecho de flores, rodeada de cristal, de un claro cristal, y la rue de Fevres, coloreándose de quincallerías el ajado rostro?

Yo volvería a leer, no sé por qué, "Mi Hermano Ives".  
O "El Tambor Legrand".

Los vitraux de la iglesia de Saint Jacques contaban historias de santos.

Y el padre de Teresita es muerto y sólo una hermana de Teresita es viva y Teresita es muerta.

Pero la buena gente normanda le ofrece gentilmente su homenaje, una palma y alguna lágrima. Ahora, hacia las doce, se oye chocar de vasos. Porque la buena gente de Francia tiene tiempo para amar y tiempo para beber y cantar.

Y tiempo para esperar que los buenos viejos gobiernen el país. Los buenos viejos de Francia están como ella fatigados, pero como ella aman el vino y tienen espíritu alegre.

---

Ninguna mujer me quiere y he visto pocos niños en el Mediodía, en la Normandía, en Carcassonne y Trouville, por ejemplo; pero, frente a mi ración de Camembert, como un perfecto francés, escancio despreocupado mi copa de sidra y mi corazón está feliz, como el de la graciosa emperatriz.

---

## EL ALBERGUE DE LA CAMPANA

*No perdurarán los poemas escritos  
por bebedores de agua*

HORACIO

Mientras los estudiantes japoneses aprenden a bailar el tango en las "boites" y al entrar más tarde a la Sorbona pliegan su sonrisa como una servilleta, aquí en la antigua taberna, dos árabes especialmente contratados por la Wagon Lits divierten a los comerciantes de Chicago y nosotros, nosotros bebemos el cálido vino de Francia.

Pediría un saxofón y una langosta de colores y una galera gris.

O una hornacina para ubicar a ese burgués con los ojos verdes, e hinchado de gruesa cerveza.

O un grimorio para conjurar a los duendes que adornaron la cripta, apta para los escamoteos del célebre jugador Oarkurst que aquí desplumaría con admirable facilidad a los turistas, mientras el pelirrojo del piano canta "Mi tío tiene un chaleco de pelo de cabra" o "Quiero un tambor en las orillas del Bam Bam Bam"...

O una sonrisa de muchacha del bosque servida para mí por alguna "tzigana" especialmente contratada por la Agencia Cook.

Pero no se trata de pedir sino de dar y yo esta noche no puedo dar otra cosa que mi alegre corazón.

Somos camaradas, es verdad, ante todo. Amamos el buen vino y las risueñas mujeres y llegaremos a tener una novia en cada puerto.

Y creemos en Dios, en los sabios alemanes, en los comunistas rusos, en los estadistas franceses y sobre todo, sobre todo, en este "gnomo" de cabezota colorada y orejas

---

puntiagudas que con voz de falsete, entra a anunciarnos que la mañana está en la calle.

En la calle en donde "yace el corazón", en la calle que da a todos los azules caminos de Francia.

---

## LA MÈRE CATHERINE

*El hombre que se acuerda de cada día se  
consumirá en una rabia inútil*

LEONOV

Quiero acordarme de algo que soñé en Buenos Aires, al comprobar que Buenos Aires no tenía alma.

Quiero acordarme de un país dibujado sobre el vidrio, una tarde, lloviendo, mientras el organito daba vuelta al oca-so y de la tierra subía un perfume conocido. También he visto en París organitos.

Quiero ubicar al figón de la Mère Catherine, que ya conocía, tanto, como a ese perfume de mi querida tierra.

He aquí que estoy en el viejo Montmartre, en la Place du Tertre, y hasta mí llegan los colores de los cartelones, que me emocionan porque, como los espejos, tienen alma.

He aquí que la vida es diferente: he aquí que hay un sol y un vino distintos y yo soy el hombre triste de los hoteles que acaba de encontrar un amable refugio y un rostro amado, y una voz que ya estuvo en otra mujer, y una mujer que ya estuvo en otra tarde, cualquier día, en una ciudad de paso, en una de esas ciudades llenas de despedidas.

He aquí que los tejados son tejados, y las piedras piedras, y a todas las cosas se las puede llamar por sus nombres.

Y por una muchacha es servida la buena mesa. Ella no me comprende y yo sonrío como un niño deformado por un cristal.

He aquí que la vieja Mère Catherine ha dejado escrito que: "Viva el buen vino, el buen amor, la buena mesa y la buena canción"...

Después de todo, amigos míos acodados ahora al panorama más lindo del mundo, ¿qué cosa hay en el mundo

---

superior al buen vino, a la buena mesa, el buen humor y la buena canción.

Todo eso, y hacia atrás, ya olvidados, los malos días de miseria y hastío, suelas consumidas y ojos con sueño, y delante, no esperados, los malos días que seguramente vendrán, de miseria y hastío, suelas consumidas y ojos con sueño.

No importa, porque ellos serán compensados alguna vez, cualquier día como éste, con un buen vino, una buena mesa, una buena canción y un buen amor.

---

## TRES POEMAS DE ALGÚN PAÍS

### LA CENA

Vino el enano con el gorro rojo  
y sobre el lomo de la vaca pinta  
vino el faisán, y la paloma blanca  
con el alcalde y la primer corista.  
Me preguntó dónde quedaba el bosque  
me preguntó dónde vivía el viento  
me preguntó qué luna era la luna  
me preguntó lo que tenía adentro.

Le di una llave de oro y un candado  
y un arcón del olvido y del recuerdo  
y una biblia en olor de madre selva  
y una veleta con el gallo viejo.

Era en el mismo corazón del viento.  
La cabaña y un cielo de marinos.  
Al frente la amargura y el olvido  
al fondo la aventura y los espejos.  
Allá volaban ángeles oscuros  
y ángeles ciegos por el otro lado.  
Allá batían alas miserables  
y allí las alas con un grillo mágico.

Se fue el enano con el gorro rojo  
también la vaca y la paloma blanca.

---

Se fue el faisán con el señor alcalde  
y la corista se esfumó en la danza.

#### LA NOCHE

Pregunta quién trajo los cuatro velones.  
Está en el jardín, está en el jardín.  
Pregunta quién trajo los cuatro velones.  
Serán para ti, serán para mí.  
Pregunta quién trajo los cuatro velones.  
Una sombra gris, una sombra gris.  
Corre los visillos que viene la noche  
anduvo en el valle y está en el jardín.

Lobo que tenías color de horizonte  
y amabas al santo Francisco de Asís:  
tengo la escopeta y el zurrón y tengo  
perdón para ti, perdón para mí.

Pregunta quién trajo los cuatro velones.  
Yo era adolescente y amaba a un retrato.  
Pregunta quién trajo los cuatro velones.  
Cuando los enciendan me iré caminando.

#### LA TRASTIENDA

¿Va en la carreta Scaramouche?  
¿Y mi amigo François Villon?  
Piéd Blanc aguarda en el recodo  
con el puñal de su rencor.

Oh, la taberna, el vaso tosco,  
la mesa dura, el piso fuerte.  
Los velones han encendido  
y en la ventana está la muerte.

---

A la trastienda llegó ya  
toda cubierta la duquesa;  
golpeó tres veces en la mesa  
y yo soy quien responderá.

Sobre el tonel que está vacío  
he de subir, mis camaradas.  
Soy el poeta, estoy contento  
y la duquesa está borracha.

Pero me iré porque el camino  
no tardará en reconocirme.  
Los velones han encendido  
y en la ventana está la muerte.

POEMAS DE LA VIDRIERA  
DE UNA JUGUETERÍA

*Uangnaan, nainainai, hacían las gaitas entre el centeno.  
El hombre del banco tiene un parche en el ojo.*

JOHN DOS PASSOS

Yo soy el dueño del ferry-boat.  
Secuestrador de la Guardia Negra.  
Me he colocado en el oído  
el caracol de la taberna.  
Canté los cielos de pizarra,  
canté los túneles sonoros  
y lo que tiene alguna gracia:  
las diversas clases de fósforos.

ENTRA EL PEQUEÑO DESHOLLINADOR:

Hice un teatro con cuatro barajas,  
compré un sandwich de chorizo de perro,  
con la escobilla en el aire, en el aire  
desholliné chimeneas del cielo.  
Negros están mis cabellos, mis manos  
negras están y tan sólo mi voz  
desde una clara colina de pájaros  
baja hasta el valle de Amita, la Ciega.

ENTRA EL DOMADOR DE LA CEBRA CELESTE:

Mr. Arturo Gordon Pim tenía  
un viejo libro de misterio, un libro  
que señalaba rutas escondidas  
en el País en donde da lo mismo.

Tenía un colibrí embalsamado  
y una caverna azul en un espejo.  
Los pingüinos vendían las entradas.  
Entonces debutaba un ángel nuevo.  
Pero mi cebra, de cualquier manera  
y es lo que yo debo decirle a usted,  
canta, baila, se saca la cabeza  
y se aleja en un pie.

EL DUEÑO DEL FERRY-BOAT:

Yo soy el dueño del ferry-boat.  
Secuestrador de la Guardia Negra.  
Tengo un pequeño tubo, un tubo,  
por él se ve el Japón, la Grecia,  
una función de marionnettes,  
una luna color violeta  
y una pelea en el café  
de Brújula la Costurera.  
Yo soy el dueño del ferry-boat  
contrabandista de jengibre.  
La vida es breve y soy feliz  
porque aquí el mundo se divide:  
por aquel lado la ciudad,  
por allí el parque bullicioso  
y mi alegre ferry-boat  
sonando su sirena de oro.

LA VOZ DE LA MUÑECA PINTADA:

Yo quiero que escale el balcón  
la luna. El grillo, el viento viento.  
Los panqueques valen a diez  
y está vacío el monedero.  
No sabremos la muerte muerte  
cuándo vendrá por el camino.



Mi corazón cuando despierte  
la torre torre, el pino pino  
será feliz, será feliz,  
y yo con gorra de marino  
iré a vivir en el país  
país en donde da lo mismo.

(Entra "el hombre del banco que tiene un parche en el  
ojo". Jimmy Herf escribió estos versos.)

## LOS MARINERITOS

Los marineritos junto al agua graciosa y alta como  
una colina.  
Los marineritos con la solapa dorada de una sonrisa.  
Los marineritos con la gorra azul de un canto alto y  
gracioso.  
Los marineritos en el viento verde sobre el muelle  
roto.

Hay un muelle roto por donde asoman las lengüitas  
del agua  
y las piedras de siete colores.  
Enfrente un cartelón oblicuo y desteñado que dice:  
Bar de Rotterdam.  
—me acuerdo, me acuerdo de otros puertos:  
Cádiz, Cherburgo, San Fernando, Marsella,  
Boulogne...

Me acuerdo de una música acostada y confianzuda.  
Me acuerdo de una música fresca, desnuda y madura.  
Me acuerdo de un reloj de lata y un trencito de  
chocolate  
y de una pipa de boj contando historias de piratas y  
ángeles.

El muelle roto, el viento verde, la vela blanca.  
El Pirata Rojo.  
La Reina Pintada.

Los marineritos con un vaso de vino, un huevo duro  
y una canción resucitada.

Los marineritos con un ancla de oro y los tobillos  
tórcidos.

Los marineritos con las manos juntas y los ojos  
dormidos.

## MARIONNETTES

1

Conozco más de un barracón  
de titiriteros, inmundo.

Oí muchas veces la canción  
de la alcantarilla del mundo.

Conozco burgueses tranquilos  
que van a hacer la digestión  
mirando los dorados hilos  
que maneja el operador.

Mas prefiero la soledad  
por la que, libres, los fantoches  
van discurriendo por las noches  
bajo lunas de corta edad.

2

Afuera el mundo, el mundo, el mundo,  
el mundo con sus ministerios  
y con sus doctores profundos  
y con sus escasos misterios.

Un platillo al aire, una mesa.

Guignol danza en las Tullerías  
y luego camina en la cuerda  
riendo de nuestras pobres vidas.

—Le presentaré a esos señores,  
que tienen el alma de trapo.  
Vagabundos, merodeadores  
y fulleros y trotaocazos,  
mentirosos y bebedores,  
aventureros y sonámbulos,  
que tienen el alma de trapo.

Al anciano Punch de Inglaterra  
que compró Suez por un doblón.  
Petrouchka, terror de la tierra  
que hizo una revolución.  
Guignol que es apache y poeta  
y pendenciero fanfarrón.  
Kasperle, amigo de la guerra  
y Kasperek el gran bribón  
que se divierte a su manera  
y echó abajo a un emperador.

3

Pasen adentro. A un ademán  
se alzaré el dorado telón  
y comenzará la función.  
Pasen adentro, a un ademán  
*las marionnettes dan, dan  
tres vueltas y después se van.*

Punch en Peticoat Lane  
tiene casa de compra y venta.  
Y en Nápoles hace fortuna  
por las calles Polichinela.

Petrouchka en Rusia incendia granjas  
y en Nuremberg, en Nuremberg

Kasperle manda un batallón  
y Kasperek se ríe en Praga  
de su orgullo y su presunción.  
*Las marionnettes dan, dan  
tres vueltas y después se van.*

Pero Guignol bebe cerveza  
y en el estrecho bal musette  
junto a la pícara canción  
baila la java. Afuera, afuera  
el vigilante de facción.

4

¿Qué pasará al mundo, Dios mío?  
¿Qué pasará? Bailan los niños  
sobre el puente de Avignon  
y bajo el puente corre el río  
y sufro mal de desamor  
y me muero de hambre y de frío  
y sobre el puente de Avignon  
bailan los niños, niños, niños.  
La luna, viento de cartón  
abofeteando flacos pinos.  
Sobre la cruz de los caminos  
espantapájaros mi voz.  
¿Dónde está el furor del Rolando  
y la gracia del Burratino?  
El uno es un muñeco a mano  
el otro es un muñeco a hilo.

La vida es breve, el tiempo corre.  
Hombres, los hombres pasarán.  
En donde estaba está la torre,  
los arcabuceros no están.

Mas los muñecos siempre vuelven  
dan unas vueltas y se van.

Y todo es eso mi querida.  
Pasar, la única función,  
función de muerte, función de vida,  
pobre aserrín el corazón  
pobre máscara desteñida  
nuestra ilusión.  
Los que ayer estaban no están  
—cuántos rostros se han esfumado—  
Sobre la lona del tinglado  
*Las marionnettes dan, dan  
tres vueltas y después se van.*

## QUISIERA HACER CONTIGO UNA PELÍCULA HABLADA

Oye muchacha que hablas con la nariz y eres pecosa  
y tienes veinte años y una ambición muy grande  
y ese novio plomero parecido a Nils Asther  
y una pantalla verde sobre la azul mirada:  
Quisiera hacer contigo una película hablada.

Cantan sobre los árboles los pájaros pintados.  
Mujeres con canastas vienen de los mercados.  
Aquí construyen, veo los hombres y las luces,  
arañas, esqueletos, mapas, vigas y cruces.  
En blancos edificios brillantes ascensores,  
de sótanos flamantes suben nuevos rumores.  
Pienso en ideas veloces que van del corazón  
hasta el cerebro igual que una exhalación.  
Tiendas de cinco y diez. Cansados jugadores  
columnas de colores en las peluquerías  
casas en cuyos largos y estrechos corredores  
son de iguales colores las noches y los días.  
Y un puerto. Un puerto es siempre paraje bien querido.  
Allí están la aventura, el recuerdo, el olvido  
y el ansia de partir que ¿quién no la ha sentido?  
Un puerto, las tabernas y el mar todo llovido.  
Pero te digo, digo, tu boina colorada  
bien vale un dólar y cincuenta.  
Quisiera hacer contigo una película hablada.  
Y algo más que no entra en la cuenta.

---

GEORGE BANCROFT

Andar puertos nostálgicos por la noche. Tabernas  
escondidas que un nombre inofensivo ampara.  
Coraje a flor de puño, mano hábil descuidista  
de artista fracasado y de ladrón artista.  
Andar porque en los muelles la densa niebla existe  
y la linterna de la ley la agujerea lejos,  
porque en los bal musette entre los acordeones  
bailan deformes cuerpos dentro de los espejos.  
Andar risueño el rostro cuando el alma más triste.  
Andar porque en los muelles la densa niebla existe.  
Un amigo derecho en la amistad como árbol.  
Rostro curtido en donde se abre la carcajada.  
Un enemigo pronto en el coraje, altivo,  
directo y convincente como una puteada.  
Un corazón alegre de vagar, una mano  
abierta al golpe noble y al apretón hermano.

Yo conozco Chicago, almacenes del mundo.  
La ronda policial, el paso sigiloso.  
En mi oficio hay un algo de noble: la amistad, la  
camaradería como en la guerra, digo.  
Tengo a Victor Mc Laglen que piensa lo que yo.  
Lo conocí una noche cualquiera en San Francisco.  
Tengo una nueva risa grande hasta la corbata  
y una mujer que ama sin miedo y que me sigue.  
No acuso nunca el gesto del hombre que delata  
ni del que huye ni del que persigue.

---

Soy un oficio bravo que camina y se gana  
la roja copa, el rubio tabaco, el plato fuerte.  
Un hombre que se ríe de los hombres y sabe  
que en este mundo inmundo y sin fe, lo de menos es  
la muerte.

---

EVELYN BRENT

Evelyn Brent de ojos rasgados y de sonrisas pálidas.  
Un día, en San Francisco, en el café de Morgan la  
conocí.

Evelyn Brent amiga de los ladrones y las prostitutas.  
Evelyn Brent serena carne viva del alma.  
Oh lo que sabes tú de andar entre la noche  
oh lo que sabes tú del polvo húmedo y rojo  
que vuela sobre las madrugadas temerarias.  
Oh lo que sabes tú del naipe preparado,  
el botellazo a tiempo, la huida que no falla.  
Oh lo que sabes tú de amores clandestinos,  
de barajar sonrisas y barajar destinos,  
y danzar entre el humo de las malas palabras.  
Y de la hora cuando por el boquete abierto  
desliza su alevoso puñal la madrugada.

Conocí a una duquesa que amó a François Villon  
y un día, en una gresca, le alcanzó su pañuelo.  
Tuviste el mismo gesto para George Bancroft  
y en lugar del pañuelo le alcanzaste un revólver.  
Oh lo que sabes tú de mujeres y de hombres.  
De juramentos y de sacrificios y de escapadas súbitas.  
Evelyn Brent amiga de los ladrones y las prostitutas.  
Carne viva del alma, luminosa y desnuda.

---

WILLIAM POWELL

En el Oeste del Centro lo conoció Bret Harte,  
tenía como Oarkurts maneras femeninas.  
Usaba un diminuto revólver de señora,  
y una mirada fija y brillante, de vidrio.  
Fue jugador. Su vida fue una partida brava,  
el póker, el amor, el contrabando, y tuvo  
la impasibilidad de un filósofo escéptico  
que descubre lo inútil y pequeño del mundo.  
Pasaba entre el rumor de la ciudad con un  
aire de distinción displicente, y tranquilo.  
Y en el tapete verde sus manos, parecían  
manos de ángel malvado, de operador de cine.  
Andy Tucker y Jefferson Peter no tuvieron  
su gravedad, su seriedad, su místico  
sentido del delito y la aventura.  
El delito era una religión para él.  
Nunca perdonó a nadie, por valiente, seguro.  
Siempre cayó en su ley, dando el pecho, de guapo.  
De todos los impuros nadie como él, de puro.  
Justificó sus triunfos murmurando: la suerte.  
La única partida que perdió: con la muerte.

---

## BAJO FONDO DE BARCELONA

Calle Nueva de San Francisco, vieja, tan vieja que las paredes de sus paredones están grávidas de tiempo, hinchadas de años.

Las prostitutas brotan de sus ángulos podridos y verdosos y en el fondo de los zaguanes chillan los invertidos.

Contra los espejos de los bodegones se estrella el estrépito del bombo y los platillos, temeroso de los guardias.

Como aletazos de murciélagos, los golpes de mano llamando al sereno, portero del infierno, de ojos duros y manos de escruchante.

Hasta aquí llega, apagada, la voz del piano automático, sucia, entrecortada, enferma, del pulmón fatigado de la noche.

El viento me empuja, como la mano helada de un policía.

Las prostitutas.

El viento las empuja, como la mano helada de un policía.

Un vagabundo ha colgado su máscara roñosa en la vidriera rojiza del Bar Chinó.

BEBAN KINOT

Un Ródofo Valentino, afeminado, gaucho y torero.

TODOS LOS GAUCHOS BEBEN KINOT

Al Bar Internacional han entrado, un manco, un cojo, un ladrón y un maqueraux.

---

La calle, urinario público, se hace más estrecha en el mal olor y la sombra.

El ciego de ojos agusanados estira la goma de una copla de cárcel, de cementerio, de incesto y de crimen. En un platillo de lata los hombres dejan caer monedas y maldiciones.

Más allá, en una antigua casona, el marinero inglés se ha puesto a orinar bajo la hornacina apagada en donde Santa Eulalia pide un poco de esencia para su lámpara.

El viento lo empuja, como la mano helada de un policía.

---

## LA GRANJA DE VILLA ROSA

Aceitado y bestial, con su bocaza negra y su rostro azul,  
dos patillas caen hasta el cuello y de su estómago de fuelle  
sale el gusano congestionado de la copla.

Mujeres de ampulosas caderas y de altos peinados ta-  
coneán sobre el tabladillo.

Oh, granja de Villa Rosa, perfumada y vibrante, con tus  
soleras, tus pipas de manzanilla y tu alegría dolorosa.

El cantaor, apuñaleado en la cintura, se dobla sobre el  
banquillo como una flor exótica.

El humo de la copla oscurece el techo.

Estamos rodando, rodando, en el declive del alcohol y  
del recuerdo.

Recordamos.

Algo que pudo acontecernos.

Lo que pudimos ser.

Lo que no seremos jamás.

Y una sed, una sed insatisfecha, de garganta irritada,  
ensangrentada, como si nosotros fuéramos el cantaor.

Como si hubiéramos cantado toda la vida en un desier-  
to de piedra.

---

## "LA CRIOLLA", CAFÉ CONCERT

Yo, marinero, estoy aquí en la tierra  
donde las aventuras y las muertes son más pequeñas.  
Nosotros, nosotros podemos hallar al mar  
dentro de un caracol, o de una taberna.

Taberna La Criolla encendida de letreros, estallada de  
gritos

en el costado infamante de esta ciudad mediterránea.  
Taberna

de gruesa voz enronquecida y mantones desflecados  
y mujeres que despiden olor a estufa de posada  
y tienen la vidriosa mirada  
de la morfina.

Taberna que me atraes con tus dos alas grandes,  
la una verde, la otra roja  
y tu música apretada y loca.

Yo he pagado la peseta del ponche, el real de gambas  
y esta gorra, un duro.

Me empujas a la danza, la boca hinchada, los senos  
blandos,

la media agujereada.

Tu alegría es española, legítima, y escupes como un  
carretero.

Me darás una noche.

Generosa. Tú eres cordial y me darás una noche.

Mañana La Criolla estará vacía y un vaho espantoso  
empañará los cristales de las puertas.

Habremos andado un paso más en nuestras pobres vidas



---

cuando La Criolla se abra nuevamente a los hombres  
de la tierra  
donde las aventuras y las muertes son más pequeñas.

---

## TALLER DE ESCULTURA RELIGIOSA

Qué bien estás ahí, frente a la posada del Farolillo.  
Taller de escultura religiosa.

Mi abuelo, Don Estanislao González, era imaginero,  
Imaginero.

Qué hermosa profesión y qué hombre más borracho.

En las tabernas, en los hospitales, hacía sus imágenes.  
Cristos llagados y vírgenes sensuales. Cristos y Vírgenes de  
España, tan humanos.

A veces, asomábase para ver el paso de las procesiones  
y en los burdeles hablaba de Dios y armaba bronca.

España.

Pequeño taller de escultura religiosa, humilde y esqui-  
nado.

Oh, que oíste el paso discreto del alguacil.

El ruido de la lluvia sobre los tejados.

Oh, que viste a los imagineros inclinados, barajando  
símbolos en las manos traslúcidas, de tuberculosos, de tasa-  
dores o fulleros.

Preparando la hermosa mentira, la tremenda verdad,  
que, por los siglos, hace descubrir a este pueblo, llagado, lí-  
rico, sensual.

Como los Cristos y las Vírgenes de España.

---

## LA SOPA DEL CUARTO DE HORA

Sopa del Cuarto de Hora, gruesa, olorosa, mientras afuera pasan mujeres robustas y los niños juegan bajo la luna de Cádiz, la luna que se baña en el mar todos los días.

Conozco la Catedral y sus tesoros y la sillería del coro traída de la Cartuja de Sevilla y una calle angosta, con colmados, tabladillos y tiendas con vidrieras iluminadas.

Conozco el ventorrillo de Rafael y la escollera en donde hacia las cinco, la tarde pone sus redes a secar.

Bah, pero si todo acaba en ti, si el mundo se deshace en tu humo aromado de especias, oh, sopa del Cuarto de Hora, grasosa, caliente, preparada por la ilustre fregona en la antigua cocina en donde cuelgan morcillas, jamones, chorizos y telas de araña.

Sopa picante, espesa, reconfortante, caldo, mariscos, pimienta.

Y después, el amor, mientras hasta nosotros llega la sorda numerosidad de rumores de la juerga arrastrada, hace horas, en el ventorrillo de Rafael.

---

## PARA GRABAR UN DISCO

Vengo de gritar tu nombre, mujer de ángulos, áspera y loca, vengo de gritar cuatro veces tu nombre con la boca llena de piedrecillas.

Mejor, para aprender a aborrecerlo que para olvidarlo.

Y dicho con sangre tu nombre fue el más hermoso de los nombres.

Me acuerdo de un bar envuelto en el humo de los cigarrillos y en el humo feliz de unas voces ligeras y saladas.

Venían los contrabandistas a ofrecernos con voz de portería de convento, tapices y alfombras de Persia, elegantes perramus ingleses, lapiceras y collares de vidrios de colores.

Afuera los automóviles abriéndose paso en la compacta niebla de la ciudad.

Hablamos de mañanas con sol y de lejanos países sin millonarios.

Un día abandoné el rincón del bar y recorrí países como los millonarios.

En Cahors, en Gerona, en Chiclana de la Frontera, grité tu nombre, que sonó como el nombre de un país. Yo acababa de conquistar tierras desconocidas y les daba tu nombre.

Recuerdo que cerca del edificio de las Aguas Corrientes hay un estrecho camino con grandes árboles a los costados; un tambo criollo en medio. Hasta allí llegaban los hurras florecidos de las canchas de rugby o de tenis, del Club de Gimnasia y Esgrima.

Si yo no conociera el color de la voz de Janet Gaynor diría:

Janet Gaynor debe tener una voz parecida a la tuya.

Escucha: conozco pueblos perdidos, acurrucados al pie de altas montañas o junto al río que atraviesan pequeñas embarcaciones iluminadas, Chilecito, Totoral, Hootville, Medicine Bend. Las diligencias llegan todavía a sus orillas y el color de sus tardes tiene la vivaz bondad de tu mirada.

No podré olvidarte jamás porque comprobé tu presencia en el mundo como comprobé la luz, el color y el sonido.

Había en el puerto de Santa Fe, hace algunos años, un bar que se llamaba de Hamburgo.

Y en la calle Necochea, una barraca de títeres. El titiritero era florentino y en los tejados de enfrente la luna solía enredarse en las ropas blancas, amarillas y rojas.

Pero es inútil, esto no te divertirá gran cosa. Si vinieses un día hacia mí, que te amo tanto. Te recogería en mi dulzura como la fruta recién arrancada en el delantal de los niños, como los animales castigados en el rincón de la casa, como los gatos muertos de frío en el rescoldo de los hogares, como las canciones que vienen del mar en la curva de los puertos.

Por qué estás sola, sola e indefensa en el mundo. Los años pasarán, y entonces será imposible ponerse a gritar en una mañana de sol, y a correr.

## PETROUCHKA

Ternura de canciones marineras dormidas sobre el vientre verdoso de los puertos.

Aceite piadoso de la luz, ternura de canciones conocidas por mí, vagabundo de los puertos. Puertos, partidas, las palabras más lindas que conozco. Puertos, adioses, mástiles, partidas, gaviotas, aventuras, retornos.

Tus ojos hacia adentro y el temblor de mis manos sobre tus senos.

Tus ojos duros y perfectos. Fiereza de la santidad y de la pasión; acero de caminos; voluntad alargada por todas las vías de la tierra. Puentes de hierro sobre llanuras calientes. Todas las vías conocidas por mí, vagabundo de estaciones abandonadas.

Muñeco incendiario de granjas felices y tiendas avaras que te has apiadado de nuestro dolor.

—Camarada: aún queda un camino para la Revolución.

Pero prefiero tu carne verde y brutal, de Greta Garbo.

Con mi débil acordeón fatigado de inútiles madrugadas te seguiré por todas las rutas del mundo, solo, mirándote y danzando a tu alrededor como los mansos osos de los gitanos.

Oh, muchacha, a tu capacidad de pecado y de santidad.  
Oh, ángel impuro.

## JAZZ-BAND

El hombre del pasillo se estremece al pasar por la cámara del dinamo potente en donde sólo tiene entrada un muñeco azul, de ojos azules y ademanes azules.

Yo soy el hombre del pasillo.

Nuestra tristeza de hierro, nuestro silencio de hierro, nuestra alegría de hierro.

Entremos al bar, la noche está afuera, como el mar. El bar parece un puerto.

Yo vi sus luces rojas desde lejos. La noche se tendía a sus pies como un animal herido.

Allá arden las avenidas gritando letreros luminosos al espacio infinito.

La luna igual que tú, eh, apártate, porque el jazz romperá sus platillos sobre tu peluda cabeza. Córtate la melena y la vida te será más fácil. Enciende un cigarrillo rubio como esta copa de whisky dulzón que paladeo junto con la voz de la muchacha del bar.

Entra un contrabandista de licores.

Abre las piernas, descontorsiónate en el charleston epiléptico y bullicioso, reconcíliate con la vida que una nueva alegría me ha venido a los ojos y un nuevo deseo me ha venido a las manos. Préstame tus senos, dame un montón de palabras para arrojarlas a la calle, a la noche, al mar.

Entra un jefe de avisos económicos clasificados.

Escucharás el ruido. Abre el paraguas. Este burgués ha traído su paraguas, increíble, como el viento que ronda nuestra felicidad posible. Puedo decir algo sobre la angustia. Soy

feliz. Prepara el sonoro cocktail y recién mañana me hablarás de la guerra, de los obuses que caen de los astros, de la trinchera fangosa y los tanques que escupen la muerte.

Entra un miembro de la Conferencia Naval.

Ahora quiero salir en un barco de hierro. Vivo en una casa de hierro. Tengo carcajadas definitivas y ojos duros, redondos y penetrantes.

El hombre que tenía alma de prestamista, corazón de catedrático, gestos de procurador, está caído contra las piedras de la calle. Me habló de Kant y le eché cocaína en su copa.

La solemnidad caída contra la calle.

Yo soy un muchacho risueño y fatalista que canta, bebe y baila y de vez en cuando descabeza una siesta recostado en la voz del saxofón.

Mi generación está perdida porque han olvidado enseñarnos el fervor.

Alégrate, sin embargo. Afuera, el silencio de hierro. Los vendedores de armamentos beben champagne.

No usamos reloj.

El jazz latiendo su sonido irregular, loco, sobre la tarima, es el corazón del tiempo.

## LA PIEDRA "ALEXANDRITA"

Uno de mis muñecos se llama Fan Fan y otro Claudinet.

Amo los teatros de títeres de los callejones de extramuros en donde siempre habrá tres cosas lindas: la iglesia traída de París con trinos especiales que musicaron la conversión del ciudadano Guy Tabarie, la casa del tallador de brillantes y el teatro de títeres.

Mi carreta es vieja pero fabrica el musgo del suburbio y los niños se cuelgan de ella como del cuello de un abuelo.  
Yo tengo la amistad de los niños como un reloj nuevo.  
Yo tengo la amistad de los niños y el corazón cuadrado.

\* \* \*

Uno de mis muñecos se llama Fan Fan y otro Claudinet. Los robé en el barrio de Santa Genoveva a un coleccionador de estampas y los hice bailar en el plazuela de Contrescarpe.

Algún día volveré a Contrescarpe.

\* \* \*

Yo conozco un callejón verdaderamente único en su género. Quisiera llevaros de la mano a través de su apresurado elogio con riesgo de tropezar en alguna de sus metáforas.

Allí los hombres pueden entrar y salir de los espejos, y en los sótanos los gnomos fabrican la niebla para la ciudad.

Yo amo las casas altas y decorosas, las torres rígidas de hierro y los puertos en donde los molinos harineros parecen aldeas. Yo amo el panorama de las estaciones ferroviarias, los expresos de lujo y los trenes proletarios.

Algún día hablaré del trencito proletario de la Puerta de la Chapelle.

Pero soy el hombrecillo que viene del país de las casas bajas, de donde salen los poetas, los titiriteros, los dictadores y las midinettes.

\* \* \*

Un día hubo aquí una ciudad, una ciudad de patios cordiales y la luna bajaba hasta su tranquila felicidad en la caja de una guitarra.

Vino la miseria y sólo quedó un callejón cuadrado.

La ciudad ha muerto. Ha muerto como mi criado japonés, como mi sombrero de tirador chino, como el pajarito que me regalaron en el ingenio La Corona. Tenía que morir.

\* \* \*

En la época de mis relaciones con el general filipino Flor Intrencherado, éste solía arrastrar a lo largo del callejón el gusano baboso de un acordeón internacional. Mi alma pegajosa aspiraba el vaho de las cacerolas diabólicas que las viejas ponían a solear en las azoteas.

Todavía no gustaba las buenas comidas, el francfurter de los carritos de Montevideo, las queridas neurasténicas, y me alimentaba con alcoholes infernales y cablegramas indecifrables que venían del archipiélago malayo.

Un guapo, William Powell creo, de una sola trompada dobló el farol esquintero y para siempre el callejón quedó torcido como el alma de sus habitantes.

La luz del callejón es cuadrada. Cuadrada como el farol, como el alma de los habitantes, como las cosas que, sin

embargo, tienen ojos oblicuos. Es lindo atisbar por sus ventanas el maquillaje de las coristas y de los vendedores de objetos inmorales que se desparraman por la ciudad después de las doce.

En el callejón de extramuros no hay relojes pero los ojos de los gatos marcan el tiempo con el Ingersoll Radiolitos de su órbitas. Los gatos han sido domesticados, y hasta las auroras han sido domesticadas. Antes del primer escobazo se anuncian con una densa oscuridad. La luz cuadrada baja hasta los sótanos aplastándose, como ciertos títeres de plomo, derretidos.

Mi cuello, mi corbata, mi sonrisa, responden al único cartel que cuelga un negocio del callejón:

#### CUADRADO

\* \* \*

Cuando el último organito se perdió en las callecitas del poniente, cuando en la casa de enfrente el fonógrafo de sonidos desencolados encendió su lunita negra, un hombrecillo azul se instaló en el sótano.

Yo escribía artículos en mi cuarto, sentado en el catre, fumando, mientras afuera gritaban los chiquilines y, a lo lejos, se veía la ropa tendida, de todos colores.

Entonces fui a ver al forastero.

Tenía una visera verde sobre los ojos que eran dos piedras preciosas. Sabía que las mujeres aguardaban su labor en la ciudad amontonada. Era el primer tallador de brillantes y había estado en la guerra, en Bélgica. Aprendió a mirar las estrellas en los charcos.

Tener un amigo tallador de brillantes.

Tener un amigo que se llame Arthurs Jacobs.

A su lado había una confabulación de silencio y de sombra. El silencio, me dije, rayado por el disco pulidor, tiene facetas extraordinarias.

Como me detenía ante la puerta de un cuento infantil me detuve ante el aviso de su tienda apretándome el corazón por miedo a que me lo robara para colorear sus rubies.

Pienso que si él me regalara la piedra "alexandrita", yo haría una revolución.

Iluminando el ambiente de alquimia y de misterio una lamparita de alcohol atreve su nerviosa lengua de lesna que lame el ruido del taller.

Me parece estar inclinado en un muro húmedo, musgoso. Es el ruido del silencio.

Yo vi, una vez, la piedra "alexandrita".

Yo pude ser Lenin o Henry Ford.

#### ARTHURS JACOBS TALLADOR DE BRILLANTES

Parece un minero metido en un overall azul. Aventura audaz penetrar en la belleza. Un brillante puede explotar como el grisú.

Nunca está solo porque las piedras tienen alma. Y la lupa y las minúsculas herramientas con las que dibuja estrellas en los bordes inverosímiles.

También las piedras preciosas se mueren, según un manuscrito encontrado en un Monte Pío del distrito de Litcherburgo. He visto algunas piedras muertas en la cajetilla de maese Jacobs.

Los que conocen el callejón de extramuros no me negarán que el disco produzca dos mil ochocientas revoluciones por minuto, como cualquier república centroamericana, y que mi amigo Jacobs haya conseguido de una piedra preciosa 280 facetas.

Hay un laberinto de matices.

Comprendo, sí, comprendo. Nuestros pobres ojos.

Jacobs ha reducido todos los ponientes y las auroras que ruedan en el hueco de sus manos, en el hueco luminoso.

\* \* \*

Dije: La luz cuadrada del callejón de extramuros. Los amantes atraviesan su olorosa humedad y proyectan sus sombras absurdas en las paredes irremediables, enlazados como dos cobardías.

Yo amo a una judía que tiene en el estómago música de muñecos.

—Vean, mi saco, mi sombrero, mi reloj, ¡todo es cuadrado! Cuadrados mis zapatos, mis anteojos, mis pantalones, mi lápiz Faber N° 2. ¿No hay nadie que se compadezca de mí? ¡Déme usted una sonrisa redonda siquiera! Dígame una palabra redonda.

Yo he visto la piedrita "alexandrita": cuadrada.

\* \* \*

He comprado muchas cosas en un escaparate del centro. He comprado un bastón con puño de marfil; una caja de opio con un dragón grabado en la tapa; una maquinita para hacer cigarrillos; un remordimiento para entretener mi soledad; una esperanza para apaciguar mi remordimiento; un sillón ventruado y un viejo ejemplar de la Gaceta de Vancouver.

Lo que no he podido comprar es el amor de la judía que tiene en el estómago música de muñecos.

Sáqueme de este callejón de extramuros.

Pero es inútil, porque he de volver.

Hay aquí muchos inconvenientes, pero me consuelo pensando que soy el único hombre de la tierra que tiene el corazón cuadrado.

## LA ANTIGUA CANCIÓN DE LA MARINA MERCANTE

Escribiré para vosotros, vosotros, mis amigos, mis camaradas (nos afeitamos todos los días, todos los días entramos a la ciudad como a un túnel luminoso seguros de encontrar la aventura, ¡oh, aventureros sin un cobre!).

—La credulidad nos hace falta, ¡el fervor!

Escribiré para vosotros la sinfonía de la ciudad.

\* \* \*

Hombres de paso apresurado porque ignoran que todos caminamos hacia la muerte. Las columnitas de colores. Las manicuras, son hermosas pero tienen manos heladas, de goma, y olor a pasillo de sanatorio. Conozco hombres de gran memoria, y por eso estúpidos, profesores graves, por eso ridículos, que han tomado en serio a la vida y a las manicuras.

Un traspie, un ladrillazo a tiempo, todo lo echa a perder.

\* \* \*

Hablo del ruido que hacen los niños en los parques al caer sobre la arena desde lo alto de los toboganes. De las nodrizas que conversan con los guardias, de las nodrizas feas y virtuosas.

De los ómnibus que salen de la boca del día y en cuyos pescantes viajan los infelices.

De los covachuelistas encorvados que atraviesan la ori-

lla del día llevando bajo el brazo pesados manuscritos amarillentos y misteriosos.

De las casas en construcción y la música de las alcantarillas.

(Los estudiantes suelen dar bromas a las autoridades arrojando cráneos humanos.)

Oh, esta ciudad del río impuro, esta ciudad de cemento, en el esqueleto de los hormigones ha quedado prensado el sudor de los obreros que hablan todas las lenguas y a quienes la esperanza trajo de viejos países.

Sobre los rieles aceitados huye el camino.

Sólo los obreros de la electricidad se hallan en peligro.

El mundo es pequeño, dicen, pero en el pueblecillo de Cassel han reñido dos tribus bohemias. Y Miss Margaret Reed, de Cincinatti, vive dentro de un zapato.

(Pero ya sé que todo esto no te divertirá gran cosa, querida.)

\* \* \*

Ventanas que se abren a la mañana dejando escapar en el aire grisado las últimas mariposas borrachas de las tulipas verdes.

La taberna de Peter Christophen es pequeña, fresca, cuelgan en sus ángulos cuadros de nieve con barcos y hombres envueltos en trajes de pieles.

Ascensores, cloacas, teatros cerrados, cinematógrafos que ostentan cartelones chillones, mujeres que vuelven con atados de ropa, jóvenes que hacen gimnasia, carros cargados de verduras, muchachas que sacuden alfombras en los balcones. (Podemos decirles: los leones se sacan la cabeza en el circo y saludan, porque son muchachas simples y nos creerán todo.)

¿Qué podemos gritar, cuál es nuestro canto, nuestro santo y seña, quién nos enseñará el fervor? No sabemos otra cosa que andar, andar a través de los ruidos y cuando viene la

noche a achicar la ciudad, acordarnos, acordarnos de lo que pudimos ser, de lo que pudimos haber hecho, de todos esos rostros que se han esfumado en el tiempo y de un pueblo de calles angostas que conocimos. El único rumor que adornaba la atmósfera era el rumor, siempre igual, de las acequias.

Chilecito, Catuna, Ambil, El Milagro.

Había tiradores famosos, ingenieros franceses, ranchos de quinchas, lunas rojas, minúsculas estaciones. Conozco también Zapala. Hubo un asesinato, en aquel entonces. Yo amaba los motores Deering y era íntimo amigo de un cazador de zorros.

\* \* \*

¿De quién es la vida? ¿Quién está haciendo la vida?

Oh, nosotros, nosotros, somos comparsas. La vida es de los millonarios, de los atletas, de los perfumistas, de los aviadores, de los contrabandistas y de los escribanos. Somos comparsas, comparsas, como los leones que se sacan la cabeza en los circos y saludan.

Amo los puertos (es el único sitio en donde puede aguardarse algo, un barco, un sueño, una mujer, un camarada, un pájaro). Amo los puertos arrugados por todos los acordeones del mundo. Siempre hay un tugurio con un globo de luz roja a la puerta.

Omnibus, tranvías, subterráneos, vidrieras, y el mapa de las estaciones del ferrocarril, el mapa percutido por el dedo innumerable de los viajeros.

A esta hora los mochuelos chillan en las ventanas de la Calle del Agujero en la Media.

Kikí, mascando goma entra a la casa, y al subir por la escalera torcida, húmeda y sucia, canta, empolvada, inconsciente y feliz, la Antigua Canción de la Marina Mercante.

Victor Mc Laglen la conoce y él mismo se la enseñó a Kikí, mientras le mostraba los curiosos tatuajes de su brazo izquierdo:



---

SINGAPOOR RAMYANI LUCE ETIQUETA NEGRA  
CABO WILKES AURORA

—Mientras vosotros trabajáis en las ciudades nosotros cantamos en el mar, en el mar grande, montaña y llanura, verde y azul, negro y celeste. A vuestro lado pasan los millonarios, con sus mujeres, mientras para nosotros, el filipino suena su banjo melancólico y es lindo balancearse en el aire dorado, con un porrón de ginebra al pie y los labios salados y el alma despierta. Nosotros, nosotros bajaremos al puerto, y en la taberna, sentiremos todavía el rumor del mar, como en los caracoles. Pero la noche tendrá que venir, a tender un puente entre nosotros y la ciudad, y entre nosotros y vosotros, camareros, contrabandistas, ladrones, guardas de ómnibus y policías, será frontera el silencio.

---

TODOS BAILAN

Los poemas de Juancito Caminador

---

*A Amparo Mom*

---

*En este libro no figura el poema Las brigadas de choque. No puede figurar por imposición del proceso que, a raíz de la publicación de ese poema en Contra, se me sigue. Después de permanecer cinco días detenido, recobré la libertad por no tener condena anterior ni antecedentes policiales de ninguna especie, como lo demuestra el documento cuya copia fotográfica exhibió en la Cámara el diputado Ramiconi. El proceso sigue su curso.*

---

“Une existence pathétique, Nathanael, plutôt que la tranquillité.” ANDRÉ GIDE.

“Si une pièce ne contient que *poésie*, elle n'est pas un poème.” PAUL VALÉRY. (“Littérature.” N.R.F. 1930.)

“El poeta es visitado por la inspiración y la gracia. Poesía es profecía. Lo demás, oficio.” ANÓNIMO.

¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO

“Ce que J'ai connu de plus beau sur la terre, ah, Nathanael, c'est ma faim.” ANDRÉ GIDE.

---

## HISTORIA DE VEINTE AÑOS

¿Te acuerdas de las señoritas antiguas, con sus largas  
polleras,  
sus grandes moños y sus finas caderas?  
¿Has visto las fotografías de los balnearios color sepia,  
los divertissement de las ferias y el agua lenta,  
el agua perfumada,  
el agua azul  
de los azules valeses de Viena?  
Entonces los Reyes eran primos hermanos  
y con primos hermanos se casaban las princesas.  
Entonces Alfonso XIII tenía veinte años.  
Entonces estallaban los primeros motines y se  
cortaban muchas cabezas.  
Entonces ya se caía del caballo el Príncipe de Gales  
y aún se elogiaban las manos de Eleonora Duse.

Fíjate cómo se amontona la historia,  
cómo muere y renace todo,  
cómo los que creíamos vivos han desaparecido,  
cómo los que creíamos muertos están presentes.  
Las historias de Jack el Destripador,  
la cursilería de los sombreros con flores,  
las primeras pantallas japonesas,  
los globos cautivos y las novelas por entregas,  
los angelitos de los cielorrásos  
y las czardas de los restaurant a la moda,  
¿dónde, dónde han ido a parar?

Tus muñecas, tu retrato de novia —parecías menos  
joven—,  
aquella madurez tuya prematura, y hoy deslumbrante,  
¿dónde, dónde ha ido a parar?  
Fíjate en los tiempos que nos toca vivir.  
No se sabe cuándo pararemos, no tenemos destino fijo,  
somos seres en borrador,  
inconclusos,  
desparramados.  
La fotografía de cada año nuestro  
significa un acontecimiento tras otro.

1914. 1915. 1916. 1917. 1918.

Cae sobre el mundo la bomba tremenda de la guerra.  
Millones de cruces de madera aparecen en los campos.  
Fusilan a una enfermera en Bélgica.  
Dicen que Guillermo se divierte con sus más feroces  
soldados.

Poincaré ha estado en Rusia  
y los condes de Viena han estado en Berlín.  
Lloyd George se mete en negocios siniestros.  
Condecoran a Basil Zaharoff con la Orden del Baño.  
Nos llegan a nosotros, niños, las emanaciones de los  
gases.

Y hasta nuestras costas vienen los submarinos.  
Ocultan por dos meses la muerte de Francisco José.  
A los quince días lo sacan al balcón del Palacio.  
La gente de Viena lo ve, en lo alto, agitando los brazos.  
Pero está muerto y relleno de estopa como una  
marioneta.

¡Francisco José ha muerto! ¡Que muera Francisco José!  
El hombre de la bicicleta,  
el hombre del pan bajo el brazo,  
el dulce amigo de los niños  
va camino de Petrogrado.

Es Lenin, es nuestra esperanza  
—la insurrección de campesinos, obreros, marineros  
y soldados—  
un gran resplandor viene de Rusia  
y en el Volga cantan los insurrectos.  
Exterminan a la familia Imperial...  
Acordaos cuando tirasteis sobre el cura Gapón y la  
multitud que pedía pan.  
El armisticio abre la tumba del Soldado Desconocido.  
Los hipócritas ancianos de Francia lagrimean frente a  
la lámpara votiva.  
Ese canalla de Briand, dice "L'Action Française".  
Ese bandido de Clemenceau, dice "L'Humanité".  
El evangelista Wilson a quien han presentado bellas  
prostitutas  
se vuelve a la Unión con su carga de lapiceras.  
Un nuevo cereal se descubre en el mundo:  
son los millones de muertos que han florecido blancas  
cruces de madera.  
Los social-demócratas traicionan al proletariado.  
Carlos Liebnick —el hombre que amaba las flores—,  
Rosa Luxemburgo —la hembra que amaba los  
pájaros—,  
están caídos en el arroyo con los cráneos destrozados.  
Han pasado cuatro años desde que mataron a Jean  
Jaurés  
mientras tomaba su taza de café-crème frente a la  
vidriera del Croissant.  
Los nobles alemanes, austríacos, rusos hacen el  
camarero y el ladrón,  
el sirviente y el maquereaux, el cabaretier y el bailarín.  
Es algo espectral, algo terrible,  
cuando un servil los reconoce y los saluda  
o cuando se visten con trajes y perfumes baratos.

Cómo están de cambiados con sus blusas apolilladas  
y sus largos guantes.

Algunos se han hecho tatuar.

Algunas se entregan en los recovecos

y Francisco José lleno de estopa  
¡estuvo asomado a la ventana del Palacio!

1919. 1920. 1921. 1922. 1923. 1924. 1925.

Un temblor histérico corre por la espina dorsal del  
mundo.

Una falsa prosperidad se instala en las ciudades y en  
los campos.

Prospera la cadena con Ford, Citroen, Coty, Fiat.

¡Atención al cinematógrafo, al arte nuevo!

Pero los burgueses lo absorben todo y envilecen todo.

Turatti entrega las fábricas a un delirante hombrecillo,  
traidor de su clase

y la desesperación burguesa se llama ahora fascismo.

Atención a Einstein, a Freud, a Spengler, a Gide, a

Joyce, a Lawrence.

Los blues traen del sur de la Unión la tristeza negra

—aunque ya los barcos a turbina no recorren el

Mississippi,

ni la dorada luna de los circos se pasea en el cable—.

Nos echan todo abajo,

nos hablan en otro idioma,

nos consideran muertos,

nos voltean los dioses,

nos destruyen los dogmas.

Hay que cambiar a cada rato de casa.

Es como si nos muriéramos por etapas.

¡Ay! los riñones, los sesos, el hígado, el corazón, los

pulmones,

todo se está pudriendo,

lo más flamante se pudre y se viene al suelo con

estrépito.

Las catedrales, la música, la pintura, todo huele a  
podrido.

Estamos en plena confesión.

Centenares de hombres de ahogan en los submarinos  
hundidos.

¿Qué importa una catástrofe después del Marne,  
Jutlandia y Verdún?

Ebert bebe champagne y Grosz lo desnuda.

Los libros de guerra alambran los escaparates.

Se forman los grandes comités internacionales.

Se viaja vertiginosamente

y toxicómanos, invertidos, locos y mutilados invaden  
las ciudades.

Los generales mueren en la cama, caen ministerios.

Basil Zaharoff anda en coche de inválido.

¿Quién no está despierto, quién no permanece atento  
en la noche del caos?

Todavía hay gente que escribe versos de amor.

Todavía hay artepuristas en el mundo,

todavía hay maestros y teósofos,

todavía hay sacerdotes y militares.

Todavía Gandhi, el viejecito cretino, predica la  
desobediencia pasiva.

1926. 1927. 1928. 1929. 1930. 1931. 1932. 1933.

Ruge China con sus millones de coolies.

El Kuo-Ming-Tang traiciona la sovietización.

Los mariscales jóvenes se venden por millones de  
dólares.

Los imperialismos yanqui, inglés, japonés, avanzan  
sobre el mundo.

¡Nos han echado a perder Honolulu, Papeete,  
Samoa!

El dedo acciona en el gatillo en Chicago.

Morgan tiene su equivalente en Capone.

Gobernadores, jueces, policías, se entregan  
impúdicamente:  
Eso lo ha demostrado Fred Pasley.  
La cadena sigue envileciendo a los hombres.  
La prosperidad es una mala palabra.

Los primeros desocupados marchan su hambre sobre  
las ciudades  
y Sacco y Vanzetti ya están secos, quemados,  
con las uñas hundidas en las sienas.  
Los fusilamientos en masa de obreros y soldados  
son la única música que se conoce.  
"Un grupo de morfinómanos, pederastas y locos se  
apodera de Alemania":  
Eso está escrito en el Libro Pardo.  
Violan a las hijas de los judíos,  
patean los vientres de las madres,  
orinan sobre los padres en los fosos,  
queman pilas de libros en las plazas públicas.  
Goering incendia al Reich y encarcela a 200.000  
comunistas.  
El curandero Roosevelt se para frente a Roma y  
Moscú.  
Habla por radio, inventa el Aguila Azul,  
renguea bastante y ordena las cargas sobre las  
muchedumbres agrarias.  
No acaba con la cadena.  
Defiende la propiedad  
y alimenta la desocupación.  
Qué embromar con el curandero de la Casa Blanca.  
Dimitroff dice:  
¿Tenéis miedo a los comunistas?  
Dimitroff dice:  
La sexta parte del mundo.  
Oh, no me olvido de Rusia.  
Allí está la libertad en preparación,

allí está la dignidad del hombre,  
allí está el arte reflorecido,  
allí está el cine purificado,  
allí está el viento de los trigales y la oscura  
sinfonía de los tractores.  
Allí está el Plan Quinquenal y sus Brigadas de Choque.  
Fíjate cuánta historia amontonada, empujada.  
Fíjate cuánto acontecimiento junto.  
Y el más grande  
y el único  
—el hombre de la bicicleta  
—el hombre del pan bajo el brazo  
—el dulce amigo de los niños camino de  
Petrogrado.

## EL GENERAL FLOR INTRENCHERADO

Las tiendas de ultramarinos, con sus conservas en lata, sus cuerdas y sus gorras de paño y su olor apretado, no son tiendas de ultramarinos.

Las casuchas sombrías, sesgadas como los ojos de los chinos, no son casuchas sombrías.

Las pipas de opio fumadas furtivamente —y este deseo de dedicar al opio toda una inútil vida— no son pipas de opio ni ese deseo es deseo ni esa vida es inútil, definitivamente.

Las lamparitas de alcohol, corazoncito de fuego de la soledad, no son lamparitas de alcohol.

El grillo de la ventana rasgando el vidrio ultrasensible de la noche con su lengüita de diamante, no es un grillo.

El pequeño hotel con su cartelón descolorido y su escalera desconfiada, por la que subo temblando para leer en la pared desnuda y herida del que fue mi cuarto un nombre de mujer, otoñal, no es un hotel. Y ese nombre jamás fue escrito.

El mochuelo de los galpones, en el silencio denso, en el silencio que aplasta como un fardo, no es un mochuelo y el silencio es simplemente el silencio.

Ahora, si me nombran cónsul del país de las ventanitas, los focos, las chimeneas, los tejados y las piedras, es otra cosa.

El autor de este sueño que aguarda la salamandra no es el autor de este sueño y la salamandra, ¿quién ha visto la salamandra?

¡Yo, señorita! Ah, creí que estaba en el colegio.

La barraca del titiritero —cuyo arte singular es superior a todo arte— no es una barraca.

Yo dije y vuelvo a repetir: Entremos a beber. Pero a beber alcohol.

El alcohol es un autor de sueños.

¿Flor Intrencherado? ¿Dónde ha leído ese nombre? ¿Quién es? Ah, un general filipino... ¿Qué será del general filipino Flor Intrencherado?

Me acuerdo que Wall Street escondía su oro robado al mundo entre duros silencios en los sótanos frescos.

El general Flor Intrencherado —era sólo un muchacho palúdico y cenceño— iba en la hilera de inmigrantes oscuros, de extraños gestos, de salvajes voces.

Por el sol oxidado del muelle, sobre papeles sucios y cáscaras de frutas y sobre la huella de los otros inmigrantes que ahora están en las cárceles, en los bancos, en la muerte.

Pasaba el tren tan cerca como una idea de la ciudad y abajo los subterráneos cargando el inútil apresuramiento de los hombres, el rebaño numerado en las fichas policiales y después en los registros de los cementerios, las prisiones y los manicomios.

Un adolescente estruja lleno de horror la terrible revelación de laboratorio: Hay microbios.

Más tarde el general Flor Intrencherado volvió a las islas Filipinas.

El general Flor Intrencherado se esconde en los Bosques Celestes y Amita tiene los pies desgarrados y lo sigue con una carabina bajo el brazo y un hijo casi maduro en el vientre.

El general Flor Intrencherado recibe cablegramas indescifrables del corazón de Africa.

Una mano misteriosa envía refuerzos en metálico desde la ciudad de Hong-Kong.

Pelearnos hasta morir, nadie conoce como nosotros el terreno y muchas leguas nos separan todavía de la libertad y recién entonces caeremos, caeremos.



---

Hijo de los bosques que trepa palmeras plateadas y socava la tierra mansa.

Valles adolescentes, sonoros ríos.

Topo y mono, bestia y semidiós, Flor Intrencherado. Tu nombre de poesía y de guerra.

Tu nombre de obús y de paloma.

Tu nombre de balneario y de infierno. Flor Intrencherado, tu nombre.

Cuando desperté Shanghai Lily entró, completamente desnuda, y con voz de abanico me dijo: "Ha muerto el general Flor Intrencherado".

---

## EL POEMA INTERNACIONAL

Están reunidos los miembros de la Conferencia del Desarme.

El humo de todas las usinas prepara las banderas de la guerra.

Japón envía un ultimátum a China.

Henri Pu-Yi tiene sangre de pescado

—tiene sangre fría el Emperador de Manchukuo—.

Los traidores del Kuo-Ming-Tang se han vendido al oro extranjero.

El general Flor Intrencherado trepa a las palmeras de las Islas

y el archipiélago socavado —en cada una de las cuevas las mujeres

ah, las mujeres paren niños que verán el alba de los motines—.

M. Aristide Briand se pudre en su caja de pino.

Stresseman va a saludarlo de vez en cuando.

Los dos esqueletos se confunden en estrecho abrazo y bajo las cruces de madera los soldados se revuelven y gritan

¡Qué nos importan Briand y Stresseman!

¡Abajo Poincaré la Guerre!

¡Abajo los miembros de la Liga de las Naciones

y las espiroquetas de Mr. Woodrow Wilson!

Wilson tenía nombre de ladrado.

Tú has visto el retorno de los hombres maduros.  
Tú has oído chillar a los invertidos desde el fondo de  
los zaguanes.  
Tú has robado el éter de las farmacias y has pateado  
los vientres  
oh, los vientres de las mujeres que esperaban la vuelta  
de los hombres.  
Y ellos decían —que revienten los ricos  
Y ellos decían —que se quemén las fábricas  
Y ellos venían por el camino vencido  
y una muchacha me dijo: —Dejemos el amor para  
mañana.

Yo la seguí y ella entró al local del Sindicato  
y sentí vergüenza por los versos que había escrito.

En las paredes los afiches gritaban al mundo.  
El hombre de la bomba quedó con la mano destrozada.  
Arrojaba pedazos de pulmón por la boca y todo él  
respiraba  
y cuando estuvo muerto todo él respiraba todavía  
y todos respirábamos y todos teníamos la mano  
destrozada  
y todos echábamos pedazos de pulmón por la boca  
y todos gritábamos —¡el pulmón y la mano!  
y todos gritábamos —¡la dignidad humana!

Madre, me fui detrás de los obreros cantando.  
Vamos a dar la vuelta al mundo cantando  
y no queremos que Gandhi muera por nosotros  
—ese hombrecito ridículo con la chiva y las  
oraciones—  
y nos reímos de Wells y de todos los pensadores  
sublimes  
y sólo un hombre claro y científico que respira

—oh, que respira todavía en la Plaza Roja—  
nos ha de guiar hacia las grandes usinas, hacia los altos  
hornos,  
hacia las montañas de acero,  
hacia los clubs y hacia la higiene,  
hacia la libertad sexual, hacia la electricidad,  
hacia el petróleo y el agua, a nosotros, a nosotros,  
hacia la dignidad humana.  
Y una muchacha me dijo: —Pasaron hacia allá.

Y yo vi una nube de polvo luminosa en el alba, y me  
quedé pensando.  
Quiero decir: —Me fui tras ellos.

COSAS QUE OCURRIERON  
EL 17 DE OCTUBRE.

El automóvil se lanzó a la carrera con un ronquido impresionante.  
El intendente visitó esta tarde los barrios obreros húmedos y rencorosos.  
A los veinte años sólo creíamos en el Arte, sin la vida, sin la Revolución.  
Volveremos a las usinas, al olor de la multitud, a los descarrilamientos.  
A las 5.7 estalló una bomba frente al Banco de Boston.  
A las 5.17 el tranvía cayó al Riachuelo.  
El restaurant Reis queda en Río de Janeiro.  
Nise, Nice o Eunice se llamaba la mujer de Mario Magalhaes.  
El tranvía escapaba por el morro la oruga tierna, luminosa.  
Pero al fin se dio vuelta en el recodo y se perdió.  
Y así se perdió y así se pierde casi todo en el mundo.  
Cuando volví mis viejos compañeros habían desaparecido.  
Los niños juegan en la alfombra y ellos no saben nada.  
("¡Fuego! ¡Fuego! La casa se quema...")  
Los enanos juegan en los calveros de los grandes bosques.  
He hecho de mi querida una verdadera camarada.  
Me bebo un seco de gordon, bailo un blues, me enamoro de algunas chimeneas  
y me río de los millonarios.

El pobre hombre dijo cuatro palabras y cayó muerto, acribillado.  
El coronel entregó personalmente cinco pesos a cada soldado.  
Le habían dicho: "Mañana, al alba, será usted fusilado".  
Los otros condenados aullaron agarrados a las rejas.  
Tres niñas de la sociedad van a ser presentadas al Príncipe de Gales.  
El parque amaneció cubierto de preservativos.  
Josefina II ha pasado recién como un silbido.  
Se acercará al muelle y las lindas muchachas bajarán, de sombrilla.

Qué macanudo.  
("¡Fuego! ¡Fuego! La casa se quema. Vienen los bomberos.  
Sofá. Cama. Sopa. Cada nabo soso. La bola va sola".)  
El hombre fusilado debe estar ya medio podrido en la Chacarita.  
América Scarfó le llevará flores y cuando estemos todos muertos,  
muertos,  
América Scarfó nos llevará flores.

## SURPRISE-PARTY EN DOORN

A René Crevel

En Doorn, aquella noche.

Guillermo de Hohenzollern estaba a la puerta de su palacio, sin la barbilla, con los antiguos bigotes regios almidonados, hacia arriba.

El mismo en persona recibía a los invitados.

Qué graciosa majestad la suya, disimulado el abdomen por el corset, tieso y gentil a la puerta de su palacio.

Aquella noche.

El primero en entrar fue el rey Carol que había dejado a Madame Lupescu conmigo.

Lo seguía Francisco Ferdinando con su esposa.

Cómo ¿a éstos no los mataron en Sarajevo?, se preguntó Guillermo, pero no dijo nada porque no era oportuno.

El heredero del trono austro-húngaro lucía un vistoso uniforme blanco y por eso mismo resaltaba la gran mancha de sangre —Gavrilo Princip había hecho lo suyo— desde el corazón a la cintura. Su esposa, sobre cuyos altos senos la sangre coagulada hacía pendant con la de Ferdinando, iba a su lado, fría, con los ojos abiertos y el rostro verde, tan verde.

Después llegó el rey Gustavo de Suecia, precedido por los cuernos de caza y los largos, aullantes perros que quedaron cerca del bosque.

Después entró al palacio el rey Alfonso, con una carabina y una baraja.

Después Guillermo hizo derroche de humorismo saludando a su regio primo Nicolás II, a la zarina, al zarevich y

a las princesas flexibles y mediúmnicas, con un agujero en la frente. No sabían que estaban muertos.

Después entró el príncipe de Gales vestido de mujer.

Al rato apareció el rey Fernando de Bulgaria, con una nariz de cartón y un tratado de ornitología.

Después entró el rey Víctor Manuel y todos sonrieron.

Un minuto más tarde hacía su aparición Jorge V, con una botella de Old Parr. El y Guillermo se la bebieron mientras Ebert gritaba desde una ventana de enfrente: "¡Viva la social-democracia!". Pero no le hicieron caso.

El rey de Italia pidió permiso para hablar por teléfono con el Duce y Guillermo iba a entrar al salón cuando descendieron de su coche las princesas de España, que no se pueden casar. Guillermo besó sus manos y llamó al Kompritz, que estaba durmiendo.

Entonces sirvieron champagne y todos bebieron.

Carol propuso un trabalenguas a base de la palabra "otorrinolaringología".

Al Kaiser nadie le preguntaba por la hermana, que acababa de casarse con Zubkoff.

Francisco José, que estaba desde el día anterior en el palacio, ordenó a la orquesta que tocara un vals de Viena.

Todos bailaron, todos bailaron, cerca los unos de los otros, confundiendo los alientos, rozándose con los codos. Qué espectáculo.

Al terminar el vals Guillermo gritó: ¡Abajo Lenin!

Y todos gritaron: ¡Abajo Lenin!

De pronto sonó una trompetilla en el salón: Era Litvinnoff, que se había colado, y lo sacaron.

A la una sirvieron la cena. Qué olor el de los nardos. Tan delicioso y fúnebre.

¿Quién trajo nardos?

¿Quién mandó nardos?

Este Wilson, siempre el mismo. —Dijo Guillermo—. Tan atento.

A las dos Guillermo ordenó silencio. Cambiaron la or-

questa. Sacaron la gran alfombra, se ubicaron en semi-círculo y apareció Mata Hari, como en sus mejores tiempos, danzando, danzando, vestida de fusilada.

Guillermo la condecoró encomendándole muchos recuerdos para miss Edith Cavell.

Carol estaba imposible y casi se agarra a trompadas. Pero en ese momento llegó en avión la reina de Rumania y todos dijeron: Qué hermosa. Y el rey Gustavo dijo: Greta Garbo es más hermosa.

Pero a las tres —¿quién podía imaginarlo?— a las tres, dos regimientos de veteranos irrumpieron en el amplio salón del palacio. Eran mutilados de la Gran Guerra, ciegos, cojos, locos, idiotas, mancos.

Los personajes regios se agruparon, en medio, y ellos los rodearon, los rodearon.

Oh, qué tristeza aquella noche en Doorn.

Basil Zaharoff, en su coche de inválido, hizo esfuerzos por alejarlos.

Pero ellos no se querían ir, y avanzaban, lentos y espantosos, y cambiando de color se tornaron amarillos, verdes, violáceos y empezaron a pudrirse bajo sus uniformes.

Qué asco. Todo se pudría. Los riñones, los rostros, los pulmones, todo apestaba, y ellos se movían, lentos y espantosos. Tan horrorosos.

A las cuatro, Angiolillo salió de su tumba (todavía con la cuerda de la horca), puso una bomba y el palacio voló.

Oh, qué tristeza aquella noche en Doorn.

## JUANCITO CAMINADOR

Traigo la palabra y el sueño, la realidad y el juego de lo inconsciente,  
lo cual quiere decir que yo trabajo con toda la realidad  
y si hay alguna persona que quiere saber lo que me ha  
ocurrido  
ya se puede ir enterando.  
Vamos a girar, por ejemplo, alrededor de La Rioja  
y de esos rostros y esos paisajes que giraron a mi  
alrededor  
hace algunos años  
y que hoy se prolongan en la muerte de tantas  
fotografías perdidas.  
Me había ocurrido el nacer y el vagabundear  
adolescente  
—cuando era chico miraba llover y me gustaban los  
agrios dulces  
—cuando era adolescente me gustaban la cocaína y  
Victor Hugo  
y cuando de pronto me vi corriendo delante de la  
muerte  
—estaba trémulo, solo en la soledad de los Llanos—  
la vida me pareció tremendamente deliciosa y  
tremendamente,  
verdaderamente peligrosa.  
Me dijeron: "Octavio Portela se murió"  
y entonces pensé: ¿Es que uno puede morirse?

Infiel no fui con el amigo querido.  
Juro que le rendí el mejor de los homenajes.  
Cuando él murió yo sentí un gusto inmenso de la vida  
y dije:  
—Voy a vivir también por lo que le quedaba de vivir.  
Nunca conocí el arrepentimiento feroz aunque no  
quise verlo muerto.  
Me parecía imposible que alguien se muriera mientras  
yo, ah,  
mientras Juancito Caminador amaba las muchachas  
del verano,  
los vinos ácidos, los versos de Rimbaud,  
las bombas, las orejas de las mujeres tuberculosas, los  
expresos  
y los ventiladores enloquecidos en los ángulos de las  
amuebladas.  
Recuerdo que él estaba asomado a una ventana del  
Hospital  
y en el fondo velaban a la chica muerta del día  
y él, decía: “Qué olor tienen los caballos placeros”  
y el florero estaba vacío sobre la pila de libros vacíos  
porque ya habíamos releído los libros y estábamos  
lentos de las ideas  
de los libros.  
Yo tenía nostalgia de cosas que iban a sucederme y  
pensaba:  
¿Qué estará haciendo ahora la Reina de Rumania?  
¿Después la conocí saliendo de un hotel de lujo  
en el corazón rencoroso de Europa!  
Y después anduve sobre los aeroplanos  
y me metí en estaciones absurdas, escondidas,  
con vagos aromas de aserraderos y destilerías.  
Me gustaba contar: “El día 14 de febrero el señor  
(aquí un nombre)  
penetró a la casa señalada con el número 1-7-7-4  
y fue ladrado por un perro sin cabeza”.

La primera vez que robé un libro, esa otra en que fui  
preso  
por dormir en un hotel de vagos y ladrones  
o simplemente, la vez que enamoré a la hija de un  
guardabarrera,  
¡una hija de la distancia, del camino, del horizonte  
desconocido!  
Solía frecuentar las obras en construcción, borracho,  
y recuerdo que una vez  
Arturo Santillán me dijo: “Por pasar por abajo nos  
vamos a quedar solteros”.  
Y yo tenía dos queridas y una cajetilla de marfil llena  
de opio.  
¡Todos los relojes enloquecieron de pronto!  
¡Todas las marionetas lloraron en los organitos!  
¡Todos los almanaques rodaron degollados sobre las  
mesas de las oficinas!  
¡Todos los miembros de la Liga de las Naciones  
fallecieron de pulmonía!  
Y mi corazón continúa alegre y violento  
como el corazón alborotado de un mundo nuevo.

## RELATO DE UN VIAJE

Pasa una estación en el regazo del viento.  
Jefe telégrafo teléfono carpeta mapa horario todo vuela.  
Pasa un árbol con una escopeta  
pasa un niño  
pasa una canilla abierta  
pasa un pequeño féretro blanco con manijas doradas  
pasa adentro una niña que maduraba para los  
guardabosques.

Estoy en el sur del Brasil en el corazón de la montaña  
estoy asomado a la calera  
los obreros trabajan  
las cigarras cantan todo el verano y al invierno estallan  
dónde irán a parar las cigarras de los trópicos  
oh las cigarras enamoradas del día dónde irán a parar  
las cigarras  
después de cantar todo el verano.  
Me entregan un telegrama que dice Venga viernes  
Renée  
qué viernes cualquier viernes ella estará esperando  
ella estará recostada  
ella tendrá la mano en el sexo cálido  
ella estará soñando con la cabeza en la ventana.  
Vertiginosamente me alejo Venga viernes Renée  
veletas pasan pasan caminos pasan torres Venga  
viernes Renée  
ella no sabe que yo también paso

pasa Raúl Tuñón dicen los obreros de la calera  
las muchachas de los bosques dicen  
las cigarras del trópico dicen Raúl Tuñón pasa.

Veo sepulturas recién abiertas  
veo cruces  
veo atajacaminos estrellándose contra los trenes  
rurales.  
Estoy apurado no sé dónde voy siempre de un lado a  
otro  
siempre cambiando barcos trenes aviones  
y mis amigos los viejos camaradas los viejos  
compañeros de escuela  
todos estarán apurados  
toda la vida estaremos apurados jamás nos  
quedaremos en un sitio  
las muchachas nos saludan con sus pañuelos  
adiós adiós.

Mañana cuando estemos muertos qué terrible  
tal vez tampoco podamos permanecer en un sitio.

## RECUERDO DE A. O. BARNABOOTH

¿Qué diré de mi vida, ah, de mi vida que como la de  
A. O. Barnabooth  
nada quiere saber sino esperar eternamente cosas vagas?  
Mi vida está en los puertos del mundo mirando países,  
barajando pañuelos de inútiles partidas e imposibles  
retornos.  
En la viejas calles de las ciudades muertas  
en donde el pasado es algo tan vivo y tan presente y  
tan humano  
que sentimos su olor como en los sótanos se huele la  
humedad.  
En la penumbra de los cinematógrafos  
donde revolotea la mariposa helada  
en la cámara azul de los operadores.  
En las encrucijadas de ansias y de fracasos,  
en los hoteles internacionales donde se encuentran  
rostros conocidos  
de estafadores, prostitutas, prestidigitadores y judíos.  
En las mujeres con cabeza de marioneta  
igual que las mujeres que retrata Kisling.  
En los puentes que cuelgan sobre la tierra incendiada  
y el vértigo duro, frío, petrificado de los rieles y lejos  
las señales verdes y rojas en la caseta del cambista sin  
sueño.  
En las ferias de los pueblos  
donde se bebe, se juega y se baila  
con robustas muchachas.

Y en las cajas de música y en caminar y en nada.  
Y en caminar y en nada de todas las ciudades,  
en las usinas, en los rascacielos y en las plazuelas  
como la de Contrescarpe.  
En los barcos ya grávidos de mares y de vientos  
y en los grandes expresos que asombran casas chatas  
y sólo se detienen en los altos países.  
Y en los rojos y en los grises.

En las tabernas cuando cantan los marineros  
y en las mujeres canallas y en los sótanos fumadores.  
En los puertos perdidos de estrechos riachuelos  
con olor a frituras y horizontes de cuadros.  
En las iglesias de Mauricio Utrillo que atraviesan  
mujeres transparentes  
de María Laurencin.  
Y en mi esperanza de no sé qué fiebre, qué pasión,  
qué dolor  
que un día vendrá para salvarme.

Esperar, esperar en una esquina,  
encender un cigarrillo  
y escuchar con asombro, con miedo, con nostalgia  
la música amontonada del mundo.

*París, 1930.*



## LLUVIA

Entonces comprendimos que la lluvia también era hermosa.

Unas veces cae mansamente y uno piensa en los cementerios abandonados. Otras veces cae con furia, y uno piensa en los maremotos que se han tragado tantas espléndidas islas de extraños nombres.

De cualquier manera la lluvia es saludable y triste.

De cualquier manera sus tambores acunan nuestras noches y la lectura tranquila corre a su lado por los canales del sueño.

Tú venías hacia mí y los otros seres pasaban.

No habían despertado todavía al amor.

No sabían nada de nosotros.

De nuestro gran secreto.

Ignoraban la intimidad de nuestros abrazos voluptuosos, la ternura de nuestra fatiga.

Acaso los rostros amigos, las fotografías, los paisajes que hemos visto juntos, tantos gestos que hemos entrevisto o sospechado, los ademanes y las palabras de ellos, todo, todo ha desaparecido y estamos solos bajo la lluvia, solos en nuestro compartido, en nuestro apretado destino, en nuestra posible muerte única, en nuestra posible resurrección.

Te quiero con toda la ternura de la lluvia.

Te quiero con toda la furia de la lluvia.

Te quiero con todos los tambores de la lluvia.

Te quiero con todos los violines de la lluvia.

Aún tenemos fuerzas para subir la callejuela empinada.

Recién estamos descubriendo los puentes y las casas, las ventanas y las luces, los barcos y los horizontes.

Tú estás arriba, suntuosa y bíblica, pero tan humana; increíble, pero tan real; numerosa, pero tan mía.

Yo te veo hasta en la sombra imprecisa del sueño.

Oh, visitante.

Ya es seguro que ningún desvío nos separará.

Iguales luces señaleras nos atraen hacia la compartida vida, hacia el destino único.

Ambos nos ayudaremos para subir la callejuela empinada.

Ni en nuestra carne ni en nuestro espíritu nunca pasaremos la línea del otoño.

Porque la intensidad de nuestro amor es tan grande, tan poderosa, que no nos daremos cuenta cuando todo haya muerto, cuanto tú y yo seamos dos sombras, y todavía estemos pegados, juntos, subiendo siempre la callejuela sin fin de una pasión irremediable.

Oh, visitante.

Estoy lleno de tu vida y de tu muerte.

Estoy tocado de tu destino.

Al extremo de que nada te pertenece sino yo.

Al extremo de que nada me pertenece sino tú.

Sin embargo yo quería hablar de la lluvia, igual, pero distinta, ya al caer sobre los jardines, ya al deslizarse por los muros, ya al reflejar sobre el asfalto las súbitas, las fugitivas luces rojas de los automóviles, ya al inundar los barrios de nuestra solidaridad y de nuestra esperanza, los humildes barrios de los trabajadores.

La lluvia es bella y triste y acaso nuestro amor sea bello y triste y acaso esa tristeza sea una manera sutil de la alegría. Oh, íntima, recóndita alegría.

Estoy tocado de tu destino.

Oh, lluvia. Oh, generosa.

## BLUES DE LOS ARCHIPIÉLAGOS

I

Voy a herir su recuerdo como quien grita en una  
catedral.  
Cualquier poema será pobre para su alabanza.  
Sus grandes ojos oscuros gobiernan un país de  
mástiles.  
Sus manos amparan mi desamparo.  
Su alma vigila mi vigilia.  
Sus dientes muerden frutas ácidas  
y sus cabellos tienen olor a orilla de crepúsculo,  
a noches aspiradas entre plantas de jazmines desnudos.  
Yo pienso en ella cuando mi carne no está contra su  
carne,  
y no sé qué hacer con la soledad desmenuzada  
—con las veletas ciegas  
—con las palabras inútiles  
—con los pasos extraviados  
—con los vientos sin rumbo,  
a la hora en que los gallos cantan sobre las azoteas  
y la noche está sitiando su recuerdo.  
Para la mujer tendida con los sentidos ágiles,  
la hembra regia enclavada en los ocultos lechos,  
ardiente en los abrazos apretados.  
Para la mujer cuyo nombre cobija mis sueños  
quiero decir este poema maduro.  
Nos amaríamos al borde de los húmedos bosques,

en los densos inviernos,  
en los senderos que van  
hacia los ríos y bajan  
de las montañas.  
Rodando sobre la nieve los tensos ávidos cuerpos  
o escuchando las aguas escondidas en el vientre de la  
tierra  
—donde nacen las fuentes y los grillos—  
o en las islas sonoras bajo las lunas de los telescopios  
—donde nacen los barcos y los órganos—.  
Y estamos encajonados en la ciudad burguesa en donde  
sólo  
la lluvia mansa  
la lluvia gris  
la lluvia quieta,  
inventa para nosotros un país lejano y lento  
en el corazón de los antiguos archipiélagos.  
Para esta mujer cuyo nombre invocan los santos, los  
misioneros y  
los navegantes.  
Para esta muchacha grande y morena y pecadora como  
las vírgenes  
de España.  
¡Para esta mujer innumerable!  
Para esta mujer enamorada de las rutas, venas y arterias  
en los celestes  
mapas.  
Para esta mujer que ha hecho retroceder todos mis  
viajes  
cumplidos y posibles.  
Para esta mujer que realiza en ella el mundo y la poesía  
y la aventura.  
Para esta mujer de mi vida y de mi muerte,  
hoy vienen a cantar conmigo  
las banderas de todos los países, las sirenas de todos  
los navíos.

## II

Yo quisiera una exótica calle de Movietoné. Los vendedores ambulantes pregonan a la puerta de las estaciones —donde nacen los judíos y los prestidigitadores—. Los ukeleles suben por la enamorada del muro. Recuerdo que tú prefieres Samoa y yo Papeete. Los pescadores cantan en donde nacen los tifones y los maremotos.

## III

Yo le diría muchas cosas que no es tan necesario decir.  
Yo haría  
una marioneta,  
un túnel,  
cualquier cosa para regalarle.  
Pero prefiero su ventana, sus piernas, el cielo azul, los mástiles  
—en donde nacen las esferas y las bocacalles—  
los libros que ella lee,  
las fotografías que documentan la vida que no le conozco,  
cuando yo andaba quién sabe por dónde, extraviado y temeroso.  
Y ella sola conmigo,  
mientras la tarde afuera, cargada de destinos,  
me recuerda el fervor amontonado de los días,  
las horas degolladas en la Torre de los Ingleses,  
la apresurada andanza de los hombres hacia el límite y sólo ella no tiene límite  
y no se puede alcanzar, agarrar,  
porque es amontonada como la idea de Dios, del espacio y del tiempo

y sin embargo es tierna  
y me dice palabras dulces  
y nunca la poseeré del todo.  
Ah, pero yo conozco noches de fiebre, cantos de esquinas familiares  
—en donde nacen los deshollinadores—  
lámparas encendidas sobre libros despiertos  
y el decoro de viejas historias de muertos y de lugares  
y me asedian vigiliadas prolongadas  
y su recuerdo, el único y auténtico fantasma  
y tengo para ella sueños y ansias y voces y locuras  
y la pureza conocida  
de mi segura muerte y de mi cierta vida.

## IV

Conozco una aventura con nombre de mujer.  
Qué mejor aventura que su voz y su alma.  
Ella es la partida y el retorno.  
Yo parto y vuelvo a su voz y a su alma.  
Recién gusto las calles del puerto, los rieles y las plazas.  
Y cuando las luces se apaguen de pronto en lo alto de los edificios.  
Cuando las barcas se adormezcan en los desembarcaderos,  
entre la noche y la distancia,  
y lejos, en los campos, mueran las mariposas.  
Cuando las estatuas afilen en la sombra su eternidad de mármol.  
Cuando los maniqués de las vidrieras corran las cortinillas  
y descansen, al fin, destornillándose las cabezas.  
Cuando el último tranvía chille su histérico abandono de máscara suelta.

---

Cuando el silencio esté alerta.  
Cuando sólo se oiga la Cruz del Sur.  
Cuando los libros caigan fatigados y la soledad sea  
compacta,  
verdaderamente compacta.  
¡Y ella esté tendida y suntuosa llena del olor de su  
gracia!  
Entonces mi corazón seguirá despierto.  
Y aún en el sueño seguirá despierto.  
¡El sueño no es otra cosa que su reconquista!  
Oh, yo quisiera ser verdaderamente poeta,  
verdaderamente.  
Y entonces escribiría este poema.

---

## BLUES DE RÍO GALLEGOS

Té amo a doce grados bajo cero  
en un pueblo de soles indecisos, de gruesas lluvias  
y de perros lentos,  
frente al mar que trae disputas de brújulas y vientos.  
Este es el auténtico corazón de la soledad  
y la mañana se ha tirado en el puerto  
contra barcos alcohólicos, dormidos, fatigados,  
que vienen de los países de los mapas gastados,  
los alevosos asesinatos, las suntuosas pieles,  
los jugadores fulleros y los zorros colorados.  
Este es el auténtico corazón de la soledad y de los  
desencuentros.  
Sin embargo, aquí encontré a un viejo amigo  
sentado al piano con un tango antiguo  
—“la vieja está en la cueva  
los pajaritos cantan  
bien puede ser que llueva  
las nubes se levantan”.  
Bien puede ser que con estas bellas cosas que te digo  
escriba una canción, ahora, cuando nadie escribe  
canciones.  
Aquí se vive de la lana y de los cazadores  
trashumantes.  
Aquí se muere, hija mía, y por la noche  
mi espectro ha recorrido los prostíbulos,  
mi gran alma canalla, ha conversado con mujeres  
torpes

de roncás voces y de ojos rasgados,  
que conocieron a Sebastián Elcano.  
La asamblea de los pingüinos prometía otras latitudes  
desde el avión, muchacha.  
Pero yo te envió mi amor a doce grados bajo cero  
y la señorita del Correo no sabe nada,  
mientras los obreros,  
ah, los obreros envejecen en los frigoríficos  
y las-veletas,  
ah, las veletas en los tejados rojos enloquecen  
y en la calle ancha,  
ah, en la calle ancha debe estar esperando la muerte.

*Patagonia, 1932.*

## BLUES DE LAS ADOLESCENTES

A la hora en que yacen entornadas las ventanas de los  
chalets  
a la hora blanca  
a la hora dorada  
a la dulce hora en que parten los veleros hacia las islas,  
las adolescentes salen del agua clara  
las adolescentes se estiran sobre la arena  
las adolescentes tienen la voz húmeda  
las adolescentes escuchan el cálido blues de los  
mediodías  
las adolescentes maduran sus senos  
mientras las flores llenan todo de un rural aroma  
mientras las cigarras, ah, las cigarras cantan en lo alto  
de las palmeras.  
Jébele tiene quince años y ha ido a la playa  
ha ido a una reunión de estudiantes  
ha subido conmigo a un ómnibus  
ha estado ojeando libros y estampas  
ha brotado de pronto del día su hermoso cuerpo de  
islas y de trópicos.  
Hace tiempo, no mucho, que yo no sé nada de ella.  
Pero no puedo ver aire y plantas y agua y sol  
ni oír blues o graciosos vientos que mueven las  
veletas  
sin acordarme de Jébele.  
Su nombre bíblico me habla de frescos hules sobre las  
pequeñas mesas

de grava perfumada en las plazas abiertas cerca de los  
ríos,  
a la hora en que vienen del fondo de los mediodías  
las voces misteriosas de la tierra  
y ya es imposible no desear la adolescencia,  
su gloria liviana y áspera,  
su ácido olor a fruta mojada.  
Jébele tiene quince años y ha venido a la playa.  
Yo veo cómo la acarician los elementos  
y estoy lleno de tierra y agua y fuego  
y pienso en algún mapa que he visto, en donde ni  
mencionan  
el nombre de las islas perdidas.  
A la hora en que esas islas salen a la superficie  
Jébele las recorre como una joven pantera,  
está alerta y respira con todo su cuerpo  
y ha ido a una reunión de estudiantes  
y ha viajado en ómnibus conmigo  
mientras desde el fondo de los mediodías  
subía un rumor lejano de ocultos archipiélagos.

## BLUES DE LOS BALDÍOS

Sólo allí los chiquillos recogíamos la influencia telúrica.  
A la orilla  
pasaba la ciudad como un circo.  
Canto el fervor oculto de los baldíos, su clima universal,  
su geográfica síntesis, el hilo de agua, los montículos, el musgo  
y los gatos flacos y los papeles inútiles y los ruidos y los ruidos.  
A la orilla  
pasaba mi padre con anteojos y "La Prensa"  
La marca Vitagraph, el organito, el Parque Lezama y Ju-  
lio Verne eran sus límites.  
Oh refugio de las banderas rojas de los mítines.  
Baldíos hondos o altos, que es lo mismo. Certeza de su-  
pra-realidades. Desde donde se veían las ropas ahorcadas y  
puestas a secar y los viajeros pájaros. Tan cosmopolitas.  
Baldíos orinados por perros sin dueño, socavados por  
los curas de al lado y el asesino de 1908.  
En el riñón de las inmensas ciudades.  
Baldíos. Tan de tierra.  
Qué éxito tuvieron en su tiempo las martirizadoras de  
niños y el hombre del Kalisay. Ay.  
Por qué todo tiene éxito en su tiempo.  
La Junta de Historia y Numismática no sabe nada de  
los baldíos.  
Sin embargo Robinson y Torphipe, Buffalo Bill y el To-  
rito del Abasto...  
Ah, yo podría dar noticias de todos ellos a los miem-  
bros de la Junta de Historia y Numismática.

No existe la Junta de Historia y Numismática.  
A la orilla  
pasaba Perla White en una camilla.  
Volaban las tapas de las ollas. Daba la hora el sol en el muro. Y no había ningún apuro. Y morir se no era seguro.  
Después se descubre el altílo, la chimenea, la claraboya, el consultorio.  
A la orilla  
pasaba un entierro de tercera.  
Y después se descubre el odio.  
Baldíos. Y tan poblados.  
En el riñón de las inmensas ciudades, el viento, el agua, el campo, golpeaban abajo, en la superficie de rampas y cavidades.  
La vida quería brotar, reventar, traer el aliento del mundo a los niños que crecen a la sombra fría de los altos muros.  
Encajonados en los inquilinatos.  
Viviendo una muerte, y no la vida.  
Lejos del viento, el agua, el horizonte.  
Qué amables baldíos.  
Qué amigos, qué amados baldíos.  
Ellos nos acercaban a la tierra, a los bosques, a los valles, a los ríos.  
No me impresionó más la confluencia del Neuquén y del Limay.  
Y todos teníamos a Dios en los ojos. Y todos teníamos los tobillos heridos. Y en todos nosotros despertaba el poeta, el horterero, el obrero, el leader y el bandido.  
Baldíos generosos. Ellos no saben.  
A la orilla  
pasaba mi destino patético. Importante.

## BLUES DE LOS PEQUEÑOS DESHOLLINADORES

¿Te acuerdas de los turcos vendedores de madapolán  
y de los muñecos de trapo quemados en la noche de San Juan?

¿Te acuerdas de los pequeños deshollinadores  
y de los negros candomberos  
y de mí que en las tardes de lluvia  
detrás de los vidrios  
miraba el paisaje caído en la zanja?

¿Te acuerdas del muro del día escalado, ardido,  
mordido como una  
fruta?

¿Te acuerdas de María Celeste?  
Pues hoy María Celeste es una  
prostituta.

¿Te acuerdas de la tienda fresca, violeta, rosa  
y el torcido y verde farol?

¿Te acuerdas de Juan el Broncero?  
Pues Juan el Broncero es hoy  
un ladrón.

¿Te acuerdas de los pequeños  
deshollinadores oscuros, oscuros?  
Pues hoy los pequeños deshollinadores son hombres  
maduros

---

que chillan en las cantinas,  
escupen polvo en las negras fábricas  
y aguardan las putas fugaces  
en los baldíos y las esquinas.

---

## AMUEBLADA

Con un clima canalla de versos traducidos  
o de vagas riberas a un costado del mundo  
o de hondas estaciones de ciudades malditas  
y un algo conocido todo desconocido.  
Y la pared copiada de otras paredes tiene  
grandes flores azules y grandes globos rojos.  
De lo que no se cierra, irremediable, un ruido  
y la alta cama fría y el bidet atrás del biombo.  
Pájaros, los rumores chocando contra el vidrio,  
súbita una guiñada del velador responde  
y acordarse de amores ya desaparecidos,  
como de antiguos sitios, como de antiguos nombres.  
Aquí estamos, no hay nada más cierto que nosotros.  
El espacio y el tiempo y el vivir, todo es nuestro.  
El cuarto se embellece con el abrazo largo,  
el cuarto se decora de ansiedad y silencio.  
Oh lenta noche, oh puerto, la numerosa luna  
y el espejo que encierra gnomos adormecidos,  
escollera del sueño, paisaje desteñido,  
partida no ignorada, vuelta que es ya segura.  
Y la noche vacía de la calle vacía  
donde perros sin dueño arañan altos muros.  
Boca de la ciudad que se traga el tranvía.  
Aquí estamos atados, casi solemnes, mudos,  
como la voz y el alma, realmente desnudos.



## EL MERCADO DE LAS PULGAS

Acaso, cementerío de las cosas, un día,  
atmósfera de muerte amanecida tuvo.  
En los suburbios de las grandes capitales  
todo vuelve a nacer, en los mercados turbios.  
O el encanto geográfico de mapas tan antiguos  
que sostienen al mundo sobre un gran elefante  
o las camas que amor y dolor anudaron  
o el polvo de los libros famosos y distantes.  
O la tuerca o el piano, el mármol y la percha,  
el lingote, la lesna, el cajón y el bordado.  
Viejas fotografías de instantes ya vividos.  
Viejos juguetes rotos de niños ya enterrados.

Oh, cementerio y agrias las lluvias que cayeron  
y oxidados los soles y las lunas, heladas.  
Brújula que señala rutas enloquecidas,  
reloj que da las 12 con 13 campanadas.  
En los suburbios de las grandes capitales  
—Cabecera del Rastro, "Marché aux pouces",  
compraventas—  
lastimados crepúsculos en angulosas calles,  
ruidos de carromatos en auroras violentas.  
Prostitutas espías, mujeres con canastas,  
buhoneros encorvados y cajitas de música  
y pianolas que encienden sus paisajes de Holanda  
y cuadros que inspiraron toxicómanas musas.

Yo vagué los mercados de pulgas por el mundo  
con mis duendes amigos y con mis vagas ansias.  
Baldíos de las cosas —recuerdos, voces, gestos,  
escenas, despedidas—, ayer, hoy y mañana.  
Oh, cementerio.

---

LOS SEIS HERMANOS RÁPIDOS DEDOS  
EN EL GATILLO

*Los Genna, cuyo nombre suena como  
un zumbido agónico...*

FRED PASLEY, en su libro *Al Capone*

Los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo

—Earl Himie Weiss no pudo llevarlos a dar una  
vuelta—

oían cantar a Sam Samoots Amatuma “guantes de seda”

—Sam Samoots qué bien cantaba guantes de seda en  
el alma.

En la Taberna de los Cuatro 2 y “de parte de Al”,  
una sonrisa le regalaban en cada tiro

y para el alba del mostrador cerveza y éter

los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.

Los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo

—muerte de orilla, ventana pronta, noche de duelo—

con la mirada le decretaban la sepultura

—aquellos tiempos de los O’Banion, de los Aiello—.

Y eran los días larga aventura sobre el acero,

altos camiones, puertas cerradas y canastillos,

alegres flores, naipes quebrados, nieve en la calle

los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.

Los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo

sentimentales bandoneonistas de las terceras

fichas pesadas de barberías y de prisiones,

ágiles piernas en las batidas y en las ruletas,

funambulismos, magia fullera, clima de circo,

y amores fáciles en las riberas de los domingos

y cuchicheos bajo las luces de los garages

los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.

---

Pero Sam Samoots murió fregándose ajo y cantando,  
Al está preso, Joe Howard duerme como los niños  
y ya están muertos, las manos juntas, los ojos blancos  
los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.  
Sí, camaradas, y los entierros fueron suntuosos  
y ángeles negros revolotearon sobre las tumbas  
y ya están muertos, los ojos blancos, las manos juntas  
los Seis Hermanos Rápidos Dedos en el Gatillo.

## KU KLUX KLAN

Si éstos fueran verdaderamente misteriosos.  
Si realizaran alguna bella y siniestra aventura  
como cualquier Servicio de Espionaje o de  
Inteligencia.

Pero, ¡bah! descubro sus vientres deformes bajo el  
dominó.

Ni siquiera cultivan ángel, retorta o muerte.  
Ellos son los redondos y pícaros burgueses.  
Mostradme sí, mostradme un grupo de héroes  
comparables

a Parsons y sus cuatro camaradas  
que ahorcaron un 1º de Mayo  
en Chicago, el embutido y la carnaza.

Mostradme un blanco más poeta que Langston  
Hugues.

Traedme un Duke Ellington.

Oh, feroces caballeros blancos.

Oh, sombrías gentes bien de Norte América.

¡Qué hermoso será ponerlos contra un muro!

Descomponer el gran órgano de la muerte  
y hacer sonar las teclas súbitas de 500 Thompson  
para vengar a tantos negros,

a miles de linchados que colgaron en los parques del  
Sur,

con la lengua afuera, balanceándose,  
quemados a balazos, acordándose  
de mujeres que no envejecen nunca, como la estrella.

## EL NOY DEL SUCRE

*Pistolero es aquel que se defiende  
de nuestros agentes rompehuelgas.*

(DECLARACIÓN DE LA ASOCIACIÓN PATRONAL.)

Agiles dedos en el gatillo —en Barcelona como en  
Chicago—

a la salida de los talleres y en los locales, rey de la zona,  
música, fuego sobre los cascos, ángel metralla,  
en las tabernas, en las tribunas, en las imprentas de  
Barcelona.

Vago ideario pero la sangre justa y ansiosa,  
firme el deseo de abrir caminos, humanos fueros,  
visera abajo, solapa arriba, mano al bolsillo como  
Angiolillo

los pistoleros, los pistoleros, los pistoleros.

Rosa la daga, estrella el caño, listo el gatillo  
sobre las Ramblas llenas de pájaros y de esquiroles  
—la del Asalto, la de Fernanda y el Paralelo—

con los revólveres siempre adelante, siempre adelante  
con los faroles.

Quema la mecha desde la esquina que va a la bomba  
—otras palpitan sístole diástole su tiqui-tac—

son corazones cuando golpean, cuando revientan,  
revientan vientres, revientan fajos, revientan frac.

Encrucijadas acogedoras, luces pequeñas  
sobre prostíbulos y sobre vírgenes, las grises moles  
abre poternas para albergarlos y ya están rígidos  
los esquiroles, los esquiroles, los esquiroles.

A la salida de la mazmorra diez escopetas  
hicieron fuego sobre el angélico pistolero.

---

¡Oh, Noy del Sucre, ya está dormido bajo la tierra!  
Pero perduran los resplandores del tiroteo.  
Son sus hermanos solapa arriba, visera abajo,  
en los talleres, en las esquinas, en las tabernas de  
Barcelona.

El Noy del Sucre ya está hace tiempo seco en su saco  
¡y todavía, Rubén Darío, en Barcelona la bomba sona!

---

## LOS POEMAS DE ALGÚN PAÍS

### LA DILIGENCIA

La diligencia marcha sobre el río.  
La niña le hace señas con la mano.  
La niña rosa sobre el campo llano.  
Punta de soledad, corazón mío.  
La diligencia, polvo de distancia.  
El viento viene del lejano monte.  
Trae la sugestión y la fragancia  
del antiguo país del horizonte.  
En la frontera misma tres caminos  
forman la peligrosa encrucijada.  
Una cruz en el cielo dibujada  
y el coche abajo, lleno de destinos.

### EL FULLERO

Pañuelo de seda rodea su cuello  
un guante elegante asoma el bolsillo.  
Pregunta al cochero quién es ese pillo,  
las manos nerviosas, el rubio cabello.  
Displicente, acusa la desenvoltura  
del hombre que sabe barajar proezas  
con funambulismos y con ligerezas  
de manos, bonita y antigua postura.  
De los policías tipo conocido

---

y de los poetas un héroe ignorado  
va en la diligencia. Parece, dormido,  
un hombre de tantos, bueno y desgraciado.  
Para William Powell perfecto modelo,  
conoció en prisiones a O. Henry y Bret Harte.  
Christophen se llama y vale por su arte  
que Dios le reserve un sitio en el cielo.

#### EL DANCING

Bajo el verde de la pantalla  
mariposa de la tulipa  
ensaya un vuelo, el golpe estalla  
y Christophen fuma su pipa.  
Bajo la media puerta ve  
las piernas de las bailarinas  
y todo el oro de las minas  
va al cajoncito del café.  
Mientras bailan los escoceses  
la madrugada está acercando  
un aire tibio, un aire blando  
sobre trágicas livideces.  
En el pino del mostrador  
la botella del Old-Tom-Gin  
y el caricaturesco dolor  
del real doble de Chaplín.  
El asalto a la diligencia  
está planeado, Christophen mira  
a través de su displicencia  
el humo azul; las cartas tira  
bebe su copa de cerveza,  
un suspiro profundo exhala  
e inclina la hermosa cabeza  
agujereada por una bala.

---

#### LA VIUDA

La diligencia va a pasar el puente.  
Dice el cochero una palabra ruda  
y el látigo castiga; el bruto suda,  
levanta las orejas de repente  
y enfila, bravo y noble, hacia el sendero.  
Olor de buena granja el viento trae  
y del bosque cercano en un calvero  
el solitario enano se distrae.  
La luna brilla sobre el campo oscuro.  
Hay certeza feliz de madrugada,  
el campo está de soledad maduro  
y el perro lobo aguarda la llamada.  
Sola en la diligencia, sola y fuerte,  
con la seguridad de su destino,  
piensa la viuda que, por el camino  
adonde va la vida, va la muerte.

---

## LOS PINGÜINOS

Rumbo al país del hielo silenciosos  
millones de pingüinos han pasado.  
Salúdalos muchacho agitando tu gorra  
en la tela brumosa de los antiguos barcos.  
Tú que has visto del trópico pájaros embriagados,  
polvo sutil en aire dorado y oloroso,  
danzas locas, mujeres con los cabellos sueltos  
y pruebas con puñales, hombres habilidosos.  
Tú que has visto los ríos de la Unión y el pequeño  
viento trabajador empujando gabarras  
donde iban jugadores fulleros, buscadores  
de oro y cabelleras rojas de unas muchachas.  
Tú que has visto pelear guapos en las tabernas  
con nombre de mujer y alma de fogonero  
y en las costas de España frescas pescaderías  
y en las costas de China pálidos fumaderos.  
Tú que has visto lujosos, fugaces automóviles  
y ciudades de asfalto, de acero y de cemento  
y ancianos inclinados en los laboratorios  
y niños orinando frente a los monumentos.  
Tú que has visto pañuelos despidiendo los trenes  
y ventanas cansadas de aguardar un retorno  
y has amado mujeres en todos los idiomas  
y del alma del hombre has descendido al fondo.  
Tú que has visto ciudades ahumadas, cementerios,  
fábricas destruidas, minas recién abiertas  
y la guerra, un recuerdo de luces y de ruidos

---

y secas enfermeras entreabriendo las puertas;  
mira cómo del mundo en un frío costado  
más cerca de la muerte y aun debajo del cielo,  
rumbo al país que existe más allá de los hielos  
millones de pingüinos han pasado.

## LOS GARIMPEIROS

En las selvas del Mato Grosso, junto a los ríos espesos,  
a los gigantes ríos, al pie de las montañas azules, en los bos-  
ques increíbles.

¿Tú has visto?

¿Has visto partir de las tierras del Sur, de los arados y  
las trilladoras, tostados y ágiles?

¿O de las tierras del Norte, pequeños y velludos en la  
punta del Amazonas?

¿O de las tierras del centro, de las ciudades que difun-  
den las tarjetas postales, pálidos y cantando?

¿Tú has visto partir a los garimpeiros en busca del oro  
y de la muerte?

Sí, los he visto partir.

En la tierra del mundo que amontona tres razas musica-  
les, tristes y errantes —la indígena, la lusitana, la africana—.

En la cuenca fantástica, rumorosa y enorme del Ama-  
zonas y del Plata.

En los matorrales poblados de boas asesinas, iguanas,  
basiliscos, crótalos y culebras.

En las selvas de las aguas hediondas y los ardientes  
vientos, cruzadas de antiguos gritos guerreros.

En las selvas pobladas de Hugo y de Wagner.

En el jardín zoológico y botánico más completo del  
mundo ¿tú has visto a los garimpeiros?

Sí, yo he ido con ellos en busca del oro y de la muerte.

*Paty do Alferes, 1931.*

## LOS NUEVE NEGROS DE SCOTTSBORO

I

¡Oh cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Nueve Negros de Scottsboro  
aúllan esperando la muerte,  
aúllan y muerden las rejas  
los Nueve Negros de Scottsboro.

Oh qué dientes blancos los Nueve Negros de Scottsboro.

Los Nueve Negros de Scottsboro  
tienen las manos esposadas,  
se han comprometido con la muerte  
los Nueve Negros de Scottsboro.

Oh qué ojos brillantes los Nueve Negros de Scottsboro.

¿Los Nueve Negros de Scottsboro  
van a ser electrocutados?  
Ya sufren a plazos la muerte  
los Nueve Negros de Scottsboro.

Oh qué voces profundas los Nueve Negros de  
Scottsboro.

## II

Saint Louis Blues llorará por ellos  
toda su música de escombros.  
Ay, tienen madre y hermanos  
Los Nueve Negros de Scottsboro.

Los Comedores de Algodón  
subirán de los bajos fondos  
cuando salten las uñas blancas  
de los Nueve Negros de Scottsboro.

En los tabacales lejanos  
de la Virginia, hombro con hombro  
se juramentarán los hermanos  
de los Nueve Negros de Scottsboro.

Ay, algunos tienen quince años  
y en otros ha de nevar pronto.  
Ya nunca nos olvidaremos  
de los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

## CANCIÓN DE UN REVOLUCIONARIO CHINO

*No quiero que ningún Jesucristo  
piense jamás que él puede morir por mí.*

ANDRÉ MALRAUX, *Los Conquistadores.*

Estoy alegre y manchado de sangre.  
Madre, el tambor lejos resuena.  
Estoy alegre y manchado de sangre.  
Es nuestra guerra, nuestra guerra.  
Mi camarada quedó con la sien  
agujereada por una bala.  
Muchas gracias, eh, camarada.  
Algún día te encontraré.  
Mi abuelo adoraba a los dioses  
y se hincaba ante su señor.  
Mi pañuelo lleno de adioses.  
Mi corazón lleno de amor.  
Soy libre, dolor mariscal  
que nos conduce a la batalla.  
Soy la desnuda libertad.  
Soy el alma de la metralla.  
Madre, que revienten todos  
los malhechores de la patria.  
Madre, el tambor lejos resuena  
y estoy alegre y manchado de sangre  
y es nuestra guerra, nuestra guerra,  
el dolor, el odio, el hambre.  
¡Estoy alegre y manchado de sangre!



EPITAFIO PARA LA TUMBA  
DE UN OBRERO

Una mancha de sangre quedó en la calle y tres cigarrillos populares al lado.

Y un folleto que había rodado desde su saco buscando tierra para florecer, como una planta.

Detrás del parque las polleras transparentes del verano. Las chiquilinas iban delante de los hombres.

Lo enterraron los policías, como a un ahorcado.

Nadie lo reclamó para hacer un experimento.

Podían haberlo reclamado para hacer una Revolución.

Fue más grande el recogimiento del pueblo, agachado en las casas de los suburbios.

Colgado de los edificios en construcción, ladrillo sobre ladrillo, alrededor de la jaula de hierro.

Sudando con medio cuerpo desnudo al borde de los altos hornos, en las usinas, en la estridencia de las fábricas.

Fue más grande el dolor de la hermana y de la madre y de la compañera.

Fue más grande que mi dolor.

Porque yo pertenezco a un organismo podrido y estoy aún plantado en la burguesía.

Y lucho por recuperar la blusa que usaba mi abuelo, Manuel Tuñón, en la antigua broncería de Snockel.

Pero estuve pensando en el obrero caído y mi corazón está hecho pedazos.

Y mi corazón era intacto y crédulo como el corazón de mi hermano Enrique.

Y mi corazón estaba lleno de aventuras y de sueños magníficos.

Y mi corazón era casi suntuoso.

Estuve pensando cómo lo mataron cuando él, como un ángel auténtico, se rebelaba cerca de las chimeneas.

Puede decirse que él y los otros estaban cantando.

Estuve pensando cómo lo arrojaron sobre el mármol de la Morgue —un pequeño río de sangre sucia, se deslizaba entre las piedras, abajo—.

Cómo lo metieron en la caja y cómo lo llevaron, custodiado por el odio, hasta la fosa recién abierta en la Chacarita.

Estaba pensando cuando recordé a mis poetas queridos, que habían cantado para ellos, para los obreros, a Whitman y a Heine, por ejemplo.

Porque los obreros han construido el mundo.

Estaba pensando y me dieron asco los políticos-espiroqueta, gonococo, piojo, que están echando a perder una cosa posiblemente maravillosa, que es el mundo.

Estaba pensando que debo recuperar mi blusa y salir a la calle y hablar en voz baja en los sindicatos y en los entierros pobres.

Y ponerme de una vez en la línea, con mi clase.

Aquí yace un obrero asesinado por una turba vacilante que quiere apresurar la hora de su muerte.

El infeliz no pudo ni siquiera incorporarse, antes de morir, como el terrorista de Barcelona, y exclamar:

“Señores: dentro de cien años, todos calvos”.

## LA PEQUEÑA BRIGADA

La pequeña brigada avanza.  
¿Hemos oído la guerra, hermanos?  
¿Hemos visto la guerra, hermanos?  
La pequeña brigada avanza.  
La cabeza quedó colgada  
como una fruta en el alambre.  
Somos la pequeña brigada.  
Somos el sueño, la sed, el hambre.  
Por el ruido de los obuses  
los oídos reventarán  
y nos romperán y nos sepultarán  
en áridas tierras sin cruces.  
Como en la noche de San Juan  
se abren brazos de luz que arrojan  
sombrosos de fuego y de hierro.  
Tenemos un hambre de perro.  
Nos enloquece la fiebre roja.  
Del otro lado, en la trinchera  
enemiga, también están  
la sed, el hambre, el sueño. Espera  
tu sucio pedazo de pan.  
Doctores de la guerra, villanos,  
la granada está por caer  
y tenemos tintas las manos  
en sangre del amanecer.  
Vuestros hijos, también villanos,  
jamás os podrán suceder.

Seremos hermanos, hermanos,  
algún día tendrá que ser.  
¿Nosotros hemos visto la guerra?  
Avanza la pequeña brigada.  
¿Nosotros hemos oído la guerra?  
En la maraña de la picada.  
Como cadáveres afilados,  
lívidos, de dos en dos,  
vamos caminando sin Dios  
con los cráneos agujereados.

*Chaco Boreal, 1932.*

## LA MUERTE DE KOLOMAN WALLISCH

Hay varias clases de epitafio.  
Aquí reposa un obrero de usina.  
Aquí reposa un obrero de campo.  
Aquí reposa un viejo soldado.  
Aquí reposa un joven estudiante.  
Aquí reposa una prostituta.  
Aquí reposa un asesino.  
Aquí reposa un payaso.  
Ellos fueron afuera, extramuro, suburbio  
y ahora son el suburbio de la muerte.  
Bajo la buena tierra podrida  
llena de una experiencia de muerte  
y un olor y un color y una música  
de muerte,  
aquí reposa el suburbio del mundo.  
Recuerdo cuando lo veía venir a mi camarada  
con los pulmones envenenados, los ojos mansos  
y un sandwich en el bolsillo.  
Una vez llovió y no vino.  
Murió al otro día.  
Se entregó a la muerte sin pelear.  
No tenía dinero para el médico.  
La muerte habrá dicho: ¡Qué hombre más cortés!  
En realidad  
mi camarada era un hombre cortés.  
Hermanos, hermanos.  
Hay varias clases de epitafio.

En la tumba de Koloman Wallisch lo borran todos los días.

Koloman Wallisch está enterrado en el pequeño cementerio,

en Leoben.

Al verdugo que vestía de negro  
y sombrero de copa, le dijo:

“Ya llegará el día

por el cual hemos combatido”.

“Viva la liber...” agregó, y la libertad

se quedó ahogada en su garganta.

Tardó doce minutos en morir. La estrangulación fue  
lenta.

Koloman Wallisch.

Su tumba aparece siempre cubierta de flores.

Son los camaradas de la insurrección socialista  
los que llevan flores a la tumba del ahorcado.

¡Es él que florece!

Es él, que vive en nuestro corazón.

Es Koloman Wallisch, el mártir de Austria.

Y su ceniza florecerá la rosa roja de un nuevo Octubre  
en el mundo.

## Tío Vivo

*A María Carmen y Rodolfo Aráoz Alfaro*

En el verano los fantoches del Tío Vivo  
    todos bailan, todos bailan  
y la música del organillo qué hermosa es  
bajo los árboles en la zona balnearia.  
Pero en el invierno será inútil  
que los caballitos den vueltas, lustrados,  
alrededor del organillo, qué hermosa es  
la música del organillo.  
Pero a pesar de los árboles pelados,  
del viento helado del río  
y la soledad de la playa,  
los fantoches del Tío Vivo  
    todos bailan, todos bailan.  
Los caballitos giran pero sin niños,  
están ahí, los bancos, pero sin señoras,  
están también los rosales, pero sin flores  
y sin embargo los fantoches del Tío Vivo  
    todos bailan, todos bailan.  
Y suena la música, la deliciosa,  
qué hermosa es la música del organillo.  
Yo creo en Dios y eso que soy comunista.  
También me gusta el organillo y eso que reconozco  
la poca calidad de toda música.  
¿Pero quién no adora los fantoches  
que al son de la música, la deliciosa,  
qué hermosa es la música del organillo,  
en los bordes de la madera pintada,

en la misma actitud de hace tantos años  
    todos bailan, todos bailan?  
Yo sé que a las catedrales suceden las usinas,  
a la guerra imperialista la guerra civil,  
al arte burgués la propaganda revolucionaria,  
a los grandes latifundios las granjas colectivas,  
al estado burgués los consejos de obreros  
y a las distintas clases la sola clase humana.  
Pero a los caballitos del Tío Vivo,  
a los muñecos y a los organillos  
¿quién los suplantaré pasado mañana?  
Nadie sino ellos mismos, alborzados,  
vivaces, alegres, de rojo tal vez pintados.  
Únicamente los niños tendrán mejor cara,  
y de ellos se dirá, como de los fantoches,  
    ¡todos bailan, todos bailan!

## BLUES DE LA BOHARDILLA

Estoy solo en mi cuarto y por eso viene la fiebre verde a devorarme.

Cómo te diré mi más bello poema, oh, pequeña amiga, qué hará mi corazón tan solo.

Los tejados deslizan hasta el suelo musgo y cantos de pájaros.

Otras tantas muertes ruedan por la canaleta del día.

Las lavanderas inclinadas en las bateas y los chiquillos mocosos que crecerán sin cultura.

Los obreros que vuelven de los talleres sólo recuerdan ruidos.

El rumor de la ciudad achicado, perdido en el rumor de las alcantarillas.

El muro del asilo fresco y sonoro, y dos árboles, y dos ventanas y dos luces y dos vientos y dos pesos. Solamente dos pesos.

Y el reloj que no quiere detenerse para aguardarte y sigue palpitando el tiempo.

Y los libros ya manoseados llenos del drama que superamos.

Y los retratos, otras tantas muertes colgadas.

Otras tantas muertes ruedan por la canaleta del día.

Y el penúltimo cigarrillo que arrojamos sin sentir por el ojo de buey de la soledad.

Y el trepidar del tren asombrando la entraña de la tierra.

Un grupo de croatas ha invadido la zona del Bertchold en busca de oro.

Los hombres dentro del túnel buscan el oro que nace sucio y socavan la sociedad cuya base no podrá ser el sucio dinero.

Los cadáveres marchan con una linterna en la frente.

Así murió el padre de Catalina.

Un hilo de sangre le salía de la boca al asesino.

Nada se sabe del submarino hundido.

Señores profesores: La economía política es también poesía.

Piensa que en el fondo de los mares andaba y apenas salía a flote para ver con su único ojo terrible los navíos a la distancia.

Piensa que fue afilado y sereno y tuvo gracia de perfectos tornillos.

74 hombres están agonizando dentro del submarino.

A la hora de cerrar esta edición.

A semejante profundidad no llegarán los buzos, el cable de oxígeno, el discurso del Almirante, los sollozos de los parientes, los nombres de las tabernas, las mujerzuelas de los muelles, el hinchado vientre del puerto, nuestro viejo amigo.

Paciencia.

Ayer enterraron al tercer pistolero muerto.

Es tiempo de ocuparse del hombre.

De Dios nos ocuparemos más tarde.

Y cada uno puede cultivarlo a su hora.

¡Viva Nicolás Lenin!

A los 15 años me decidí por la aventura y soy en potencia el más grande de los aventureros.

Mis camaradas no lo saben y a mí me importa un comino que ni siquiera digan como la dueña de mi casa: Si él quisiera.

Es tremendo, pensar en la vida microscópica que se realiza en las aguas estancadas.

En el Instituto Osvado Cruz, de Río, pude comprobarlo.

La intimidad de mi esperanza no conoce el reposo.

Mi sueño no tiene límite y está siempre despierto.  
Escucha ahora el silencio, la noche de mármol, la línea oscura del horizonte, la estatua de la plazoleta, el canto del borracho conocido.

Amiga, pequeña amiga, qué horrible es estar triste y los poetas creen lo contrario.

El sulfato de cobre se disuelve en un litro de agua.

La lluvia ha venido con todos sus tambores.

Un ejército de burbujas se ha instalado en el techo.

Me martiriza la soledad, me ahoga, me devora una fiebre verde, como si estuviera en el corazón misterioso de Africa.

## INDICE

### LA CALLE DEL AGUJERO EN LA MEDIA (El séptimo cielo)

- 11 La cerveza del pescador Schiltigheim
- 13 Las viejas catedrales
- 15 La Calle del Paso de la Mula
- 17 Lavadero
- 19 Usina
- 21 Riachuelo de la Villete
- 23 Poema del Boulevard Saint Michel
- 25 Music-hall
- 27 Escrito sobre una mesa de Montparnasse
- 31 A mi amigo, el organista de la iglesia  
de San Sulpicio
- 33 La Calle del Agujero en la Media
- 35 Imágenes de las ventanas
- 37 Sobre las catedrales, sobre la guerra
- 39 Restaurant de la Salamandra
- 41 El Albergue de la Campana
- 43 La Mère Catherine
- 45 Tres poemas de algún país
- 48 Poemas de la vidriera de una juguetería
- 51 Los marineritos

- 53 Marionettes
- 57 Quisiera hacer contigo una película hablada
- 58 George Bancroft
- 60 Evelyn Brent
- 61 William Powell
- 62 Bajo fondo de Barcelona
- 64 La granja de Villa Rosa
- 65 "La Criolla", café concert
- 67 Taller de escultura religiosa
- 68 La sopa del Cuarto de Hora
- 69 Para grabar un disco
- 71 Petrouchka
- 72 Jazz-Band
- 74 La piedra "alexandrita"
- 79 La Antigua Canción de la Marina Mercante

TODOS BAILAN

Los poemas de Juancito Caminador

- 89 Historia de veinte años
- 96 El general Flor Intrencherado
- 99 El poema internacional
- 102 Cosas que ocurrieron el 17 de octubre
- 104 Surprise-party en Doorn
- 107 Juancito Caminador
- 110 Relato de un viaje
- 112 Recuerdo de A. O. Barnabooth
- 114 Lluvia
- 116 Blues de los archipiélagos
- 121 Blues de Río Gallegos
- 123 Blues de las adolescentes

- 125 Blues de los baldíos
- 127 Blues de los pequeños deshollinadores
- 129 Amueblada
- 130 El mercado de las pulgas
- 132 Los Seis Hermanos Rápidos Dedos  
en el Gatillo
- 134 Ku Klux Klan
- 135 El Noy del Sucre
- 137 Los poemas de algún país
- 140 Los pingüinos
- 142 Los garimpeiros
- 143 Los Nueve Negros de Scottsboro
- 145 Canción de un revolucionario chino
- 146 Epitafio para la tumba de un obrero
- 148 La pequeña brigada
- 150 La muerte de Koloman Wallisch
- 152 Tío Vivo
- 154 Blues de la bohardilla